

5

# CENTRO

Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

MAYO DE 1953

Buenos Aires

**LIBRERIA**  
**VIAMONTE 429**



**VERBVM**  
**T.A. 31-2793**

**WILDENSTEIN**

**ARTE S. A.**

**FLORIDA 914**

**EDITORIAL HERDER LIBRERIA**

*Huidobro* - Problemas filosóficos  
fundamentales e Historia de los  
sistemas ..... m\$**n 50.-**  
*Dufrenne* - Karl Jaspers et la phi-  
losophie de l'existence . m\$**n 24.-**  
*Brugger* - Philosophisches Würier-  
buch ..... m\$**n 104.-**

**CONCEDEMOS FACILIDADES PAGO**

**CARLOS PELLEGRINI 1179 T. E. 44-9610**

**FONDO DE CULTURA ECONOMICA**

**INDEPENDENCIA 802 - BUENOS AIRES**

**NOVEDADES**

Breviario No. 62: LA PLANEACION ECONOMICA, por W. A Lewis ..... \$ 9.-  
" " 64: INTRODUCCION A LA HISTORIA, por M. Bloch ..... \$ 9.-  
" " 70: INTRODUCCION A LA ETICA, por H. Nohl, ..... \$ 12.-  
" " 71: HISTORIA SOCIAL Y POLITICA DE ALEMANIA (1800-1950) ... \$ 16.50  
JULIAN del CASAL y el MODERNISMO HISPANOAMERICANO, por José Ma. Méñner Sanz \$ 21.-  
PALENQUE, UNA CIUDAD MAYA, por Laurette Sejourné ..... \$ 22.-  
ASPECTOS ECONOMICOS DE LA ENERGIA ATOMICA, por Schurr y Marschak .. \$ 43.-  
EL SERTANERO (novela), por José de Alencar (No. 22 de Biblioteca Americana) .. \$ 27.-  
LIBERTAD, PODER Y PLANIFICACION DEMOCRATICA, por Karl Mannheim .... \$ 31.-

# WITCOMB

*Fotografía*  
*Salones de Arte*

FLORIDA 760

T. E. 31 - 3526

## Librería Rodríguez

IMPORTACION DE LIBROS y REVISTAS  
Libros en Inglés, Francés y Castellano

LITERATURA - ARTE - FIGURINES  
TEXTOS EN INGLES

FLORIDA 753

GALERIA PACIFICO 15-C

T. E. 32-4781

Lionel A. Cruz  
Calzado para bebes

## Librería Concentra

La esquina del Arquitecto

Unicamente libros para Arquitectos  
Ingenieros civiles, libros de arte

Para estudiantes 10 o/o de descuento

VIAMONTE 541

T. E. 31 - 5765

## Sutorio de Maserejian

ARTICULOS  
PARA DANZAS

CORDOBA 960

T. E. 31 - 8057

## EDITORIAL SUR

EL LIBERTINO

de *Frederic Wakeman.*

Traducción de  
María Martínez Sierra. - \$ 19.-

FUKSMAN, PICASSO & Cia.

CARNETS "FYCO"

INDEPENDENCIA 3740  
T. E. 97 - 4279

ESTABLECIMIENTO  
G R A F I C O

*Standard*

Está en condiciones de  
hacer los impresos de  
calidad que Vd. necesita

814 - CHACABUCO - 814

T. E. 33 (Avenida) 7835

DONACION

**Van Riel**

GALERIA DE ARTE

FLORIDA 659

T. E. 31-0225

WILSON HERSCHELL  
ABOGADO

MORRIS AZAR  
CONTADOR PUBLICO  
NACIONAL

HECTOR N. MASE  
CONTADOR PUBLICO  
NACIONAL

RAUL I. BAICZMAN  
CONTADOR PUBLICO  
NACIONAL

GARCIA TUDERO, GRISPUN  
CONTADORES PUBLICOS



# las ciento y una

Revista de la realidad americana

Dirigida por H. A. Murena

Nº 1

*¿Qué es América?, por F. J. Solero — La fotografía (cuento) por Luis Justo — Desde la carne de Buenos Aires, por Carlos Correas — Esta madrugada (poema), por Héctor Miguel Angeli — Una moral de repuesto para los Estados Unidos, por David Viñas — La historia, por Carlos Peralta — ¿Y la música argentina?, por Eduardo J. Baldasarre — Los problemas no resueltos (arte), por Abraham Haber — Buen teatro y mal teatro, por Alberto Foradori — El pasado: Francisco A. Sicardi — La mesa redonda — Editorial — Reportaje — Biografías — Crítica de libros, arte, música, teatro y cine.*

**Aparecerá mensualmente a partir del  
1º de junio próximo**

Redacción: Hipólito Yrigoyen 906

T. E. 37 - 3972

## CENTRO

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Iniciará sus publicaciones:

Ramón Alcalde: Herman Hesse y sus novelas.

Horacio Cárdenas: Diez Ensayos (de Simón Rodríguez a Francisco Romero.)

# CENTRO

AÑO III

MAYO 1953

NUM. 5

Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que alguno ve, a qué esperarlo?. Romanos, VII, 24: San Pablo.

*Quienes integran el comité de redacción de CENTRO conocen el apremio y la penuria en que desemboca la preparación de cada número. Descartadas las obvias dificultades económicas (dificultad porque atraviesa en nuestro país toda publicación que se precie) acaso concluya el candoroso lector imaginando a los miembros de dicha junta agobiados por una tarea de selección inacabable. Una revista de la índole de CENTRO puede suscitar espejismos semejantes.*

*No tenemos por qué negar candor a nuestros lectores; si nos debemos la obligación de denunciar la verdad. En principio, quienes se encargan de editar CENTRO constituyen un núcleo de seleccionadores. Es irrisorio. Valdría más llamarlo de suplicadores. Para tres o cuatro números que aparecen por año, la junta de redacción debe requisar el cielo y la tierra; pero el cielo y la tierra de nuestro ámbito universitario padecen la sordera de las piedras del desierto.*

*Conocemos de sobra los factores anímicos que arrastran actualmente a la deserción de una vida cultural activa y desinteresada; sabemos asimismo que esas causas explican la anemia, la atonía del mundo universitario; no ignoramos que todos los órganos culturales sufren de nuestro propio mal. El caso sintomático y ejemplar de esta esclerosis colectiva lo da precisamente la parábola de una revista como la nuestra, hecha por y para los estudiantes de la primer facultad de Humanidades del país.*

*El ser paradigma de una hora crucial violenta un destino de por sí incómodo. Quiera que no, cada número de CENTRO es un documento para la historia. En lo que la revista dice y deja de decir conocerán los jóvenes de mañana el pensamiento y la sensibilidad, los gustos, los mie-*

dos, las repulsiones de los jóvenes estudiantes de hoy. En lo que la revista dice y deja de decir registrará cualquier párvulo de mañana las palpitations de nuestra vida interior.

Nos aqueja una responsabilidad respecto del futuro y una alternativa para el presente. Si el estado actual de cosas se agrava anquilosándose en una cerrada actitud negativa, ha llegado la hora de preguntarse si los fundadores de CENTRO no cayeron en el mismo engañoso optimismo de los que crean cátedras antes de que existan capacidades que decorosamente las cubran. Una revista creada antes que los colaboradores sería un absurdo de idéntica especie. Si un estado de cosas como el que exageradamente acabamos de señalar, se diera irrevocable, definitivo, habría llegado el momento de editar un número en blanco para la avidez contemporánea y el implacable juicio de la posteridad. Revelaría sentido del humor y —¿por qué no?— hasta un raro acierto económico.

Sólo un acto de fe nos exime de intentar una broma desesperada. Creemos en la existencia de muchos en quienes alienta el deseo, la necesidad de hacer algo: gentes para quienes resultan chicos los exámenes y pobre la mera consecución del título; estudiantes urgidos por el ansia de expresar una palabra que no sea ni la debida al apunte ni la empeñada al profesor. La misma gente que da sentido a la supervivencia de nuestra Facultad justifica sobradamente la vida de CENTRO. Algunos respondieron al llamado primigenio y con sus aportes se editaron, con mayor o menor fortuna, cinco números de la revista. Podría insistirse en los mismos nombres; tender al cenáculo, al círculo cerrado, pero ello es inadmisible referido a un órgano que se dice representar a cientos de estudiantes. Creemos que otros nombres pueden agregarse a los ya conocidos; que otras inquietudes pueden apuntalar el éxito de esta empresa común.

Nada más desagradable que una protesta de fe. Señal de que pocos creen. Pero los pocos serán levadura de los más.

## Leopoldo Lugones: Mecanismo, Contorno y Destino

o ROBERTO ETCHEPAREBORDA

No me parece lícito establecer en Lugones una división entre el escritor y el hombre de acción, pues aun cuando separadamente podrían suscitar interés esos dos aspectos —el literario y el vital—, resultarían incomprensibles vistos en una proyección que se ha utilizado por igual en la admiración acrítica como en el desdén fácil e injustificado.

Por lo tanto, doy por invalidada esa separación entendiendo que el valor actual de Lugones consiste precisamente en la interferencia de esos dos aspectos.

El punto de partida es *el interés*, la acometividad con que Lugones se sumergía en todas las cosas, enfrentándose al mundo y a los hechos con ímpetu de posesión, con un frenesí de conocimiento, cuyo desbordante *entusiasmo* no tuvo la dosis de *ensimismamiento* que hubiera convertido su optimismo en fe. La teoría se le transformaba así en asunto personal y la decisión reemplazaba a la solución meditada; resultando evidente que no seguía un discurso lógico, sino a su emotiva espontaneidad; y su falta de neutralidad valorativa le impedía las concepciones rigurosas, logrando sólo explosiones emocionales. Tanto es así, que el análisis de su estilo revela un valor exclusivamente contextual y contradictorio al ser separado de su circunstancia. Y cuando trata de pedagogía política no hace sino reivindicar creencias puramente intuitivas, convirtiéndose esta personalización en simple justificativo de sus actos. Toda su acción parece así condicionada por un imperativo heterónimo, algo que se impone de afuera hacia adentro y que da la pauta a ese *quehacer*. Correlativamente, *su misión va surgiendo de la entraña misma de los acontecimientos*, identificándose con su acción, y todas sus manifestaciones en función exclusiva de su realización.

*El interés* sigue siendo el punto inicial: todas las cosas lo atraían igualmente, con el deslumbramiento de lo recién descubierto, con una gran capacidad de sorpresa, de fundamental importancia al comienzo de su actitud artística.

Pero no tuvo Lugones la virtud de seleccionar las materias en las que únicamente hubiese tenido que sentirse responsable. Sino que esa voracidad sin orientación, carente de un sentido unívoco que hubiera podido servirle de punto de referencia, le hizo aparecer todo con un significado central. Y así a su obra, a su resultado, le falta unilateralidad, sinónimo aquí de profundidad y determinación.

Era ésta una actitud renacentista, pero el diletantismo que la animaba, *lo circunstancial*, la privaron de *la insistencia* característica del humanista que se va transformando por simple erosión en profundidad, lo opuesto a la extensión que fué lo que tuvo.

Importa señalar especialmente ahora esta constante antinomia, vigente durante toda su vida entre *su intención* y *su resultado*:

Es por *la circunstancial* que se lanza por todos los caminos de la cultura, deteniéndose no por lo que hubiera alcanzado, sino para el reposo que sus rectificaciones exigían. Y eso también provoca su aventura cerebral, defendiendo todas las ideas, una después de otra, ávido de experiencias, pero imposibilitado para transformarlas en una actitud definitiva, como si la posesión le hubiera hecho dudar de su honestidad, como si hubiera temido la negación de sus propias actitudes especulativas.

*Su atención le marcó su contorno*. Su quehacer lo determinó el de los otros con toda la improvisación del que improvisa y no prevee, y que está sometido a lo transitorio aunque quiera y crea estar en lo definitivo.

Correlativamente su ademán estuvo condicionado por su entusiasmo, que no lo detuvo en las cosas, sino que las tiñó con su propio tinte. Y quiso ordenarlas. Y al cultivar sistemáticamente el culto de los hechos, se convirtió en su víctima, hasta en sus contradicciones, donde sólo se vieron equívocos a causa de su posterior afán por guardar un proceder objetivo —contrapartida de su entusiasmo— que le permitiera orientarse entre las cosas. Pero su ninguna destreza dialéctica le impidió comprender el natural fluir de esas mismas cosas —deshumbrado por lo más inmediato, la faz más brillante—, incapaz de comprender ningún concepto en esos cambios funcionales, construyendo cerradas antinomias, irreductibles dicotomías, buscando de elevar aquellos hechos a fórmulas sin asimilaciones ni conciliaciones, sin advertir que esa disparidad no sólo no negaba la unidad sino que la suponía.

Y por este desencuentro con la realidad, Lugones resulta el arquetipo de una generación ineficaz más que desorientada, acostumbrada a un panorama aparentemente definitivo, donde las cosas seguían con el valor que se les había acordado.

Una generación que advirtió el cambio —sí, lo advirtió—, pero el idioma que forjó resultó envejecido al usarlo. Supo de la mutación, pero desconoció que no se entraba a una nueva y más o menos definitiva estación. Creyendo que era transición lo que era crisis en tanto transición supone lo que va de un definitivo a otro definitivo.

Quizá, porque *ingresaba nuestro país en el ámbito occidental activo y de cambio y consecuentemente empezaba a tener su propio dinamismo*. O mejor dicho, marchaba nuestro país hacia una universalización de la conciencia histórica precisamente porque empezaba a funcionar su propia dinámica.

Hasta ese momento el gongorismo, el neoclasicismo, el romanticismo, el liberalismo se habían repetido con la separación de algunos años y con los éxitos y los fracasos que los diversos paisajes determinan, pero siempre con la aceptación que todo lo estático presupone. Pero esa dualidad comenzaba a resquebrajarse en todo el largo continente y entre otros espíritus alertos sintieron —Lugones y los que con él estaban— la necesidad imperiosa de contar con un cuerpo de opiniones sancionadas en base a una jerarquía de todo el contorno. Y fué Lugones quien miró a su más cercano contorno y no vió ninguno, porque ninguno había y consecuentemente —como no estaba en él atisbarse— echó mano de lo que tenía enfrente. Y tuvo un esquema —orden, vocabulario—, cuyos presupuestos absolutos eran admitidos como incuestionables, más allá del término al que el mismo Lugones podía llegar: precisamente aquel que Lugones aceptaba como incuestionable y que utilizaba para justificar todas sus subsecuentes conclusiones; con la ventaja que la necesidad de evidencia de sus presupuestos quedaba al margen de ellos o, como constituían la base de una comprobación, no podían ser justificados en sí mismos. El orden estaba logrado, pero al ir a aplicarlo advirtió Lugones que no encajaba con la realidad, estaba atrasado él mismo que figuraba en la vanguardia. Era necesario entonces —así lo advirtió Lugones— un nuevo esquema que fuera efectiva brújula y marco para ese inasible mundo.

*Y el resultado de esta nueva y perpetua paradoja de Aquiles y la tortuga es la inactualidad lastimosa de las proposiciones lugonianas*: despreció para ordenar, omitió en lugar de seleccionar, aceptó los elementos eficaces, siguió la brillantez mitificando lo que juzgó trágico y que al fin de cuentas resultó grotesco; hipostasió gestos y frases y *slogans* estimándolos doctrinas. Nada de lo humano le fué extraño, pero todo segmentado.

Aquí sí que resulta *unilateral* en su sentido restringido. Unilateral en esa búsqueda de un complejo ideológico definitivo, recurriendo a módulos que habían tenido eficacia, sin advertir

que ésta era precisamente un resultado de su boga, y a los cuales quería imponer en virtud de su éxito en ciertos períodos de transición y de un prestigio pretérito, *intentando desesperadamente canalizar su dispersión para lograr una unidad.*

\*

† Espíritu mimético, Lugones copiaba y adhería al modelo, paradigma definitivo del que no adquiría conciencia de su precariedad hasta que lo abandonaba por otro definitivo que lo obligaba a atacar al anterior, *no por la virulencia del renegado* que quiere hacer méritos en su nueva fe, sino precisamente porque *sentía lo definitivo, ese definitivo, como excluyente, negatorio*; lo contrario del que reniega, quien al atacar su primitiva condición, de hecho entra en su dinámica. Este es el resultado de proyectar el *sentimiento de lo definitivo* en Lugones hacia atrás; porque proyectándolo hacia adelante, hacia el futuro, se advierte que no capitalizó jamás tácticas de retirada, posibilidades entrevistas de fracaso y de consiguientes cambios de frente. No. Ingenuidad y entereza a la vez, pero que revelan que *no seguía la moda* en tanto sus posiciones eran terminantes sin prevención de sus futuros cambios. Y la proyección sobre el presente, ratifica la negación de la moda, en tanto *no había colectividad que lo siguiera* aun cuando lo favoreció.

Anteriormente hablé de *rectificaciones*. Para ser preciso: Lugones no fué hombre de rectificarse, sino de cambiar. Sólo se rectifica en base a matices; pero quien los desconoce, únicamente puede apartarse definitivamente de su primer modelo y no defenderlo en la dialéctica de la aceptación y el rechazo, verdadera entraña del que asimila. Todo lo cual me hace pensar que, por una especial irritación ante lo cambiante de las cosas, hubiera terminado Lugones en un catolicismo hermético, con la rara satisfacción de haber logrado algo definitivamente inamovible. Porque siempre confundió lo lógico con lo sólido y elevó a la categoría de principio a las más opuestas entidades, subordinándole todas sus sucesivas estructuras, ordenadas en una rigurosa jeraquía de inconsciente subversión de los rasgos objetivos de los valores, en una repetida distorsión estimativa, vicio nativo adscripto definitivamente a su personalidad.

Bajo el influjo de esta subjetividad desbordante de notorias discrepancias entre sus construcciones y las evidencias que se le iban mostrando, Lugones se sumía en perplejidades en las que se hundía más y más por su constante necesidad de identificar esos conceptos, llegando a caer, finalmente en un *duplicado ilegítimo de la realidad*, condenado —por su deslumbramiento frente a lo inmediato— a un saber de exterioridades.

Ansiaba Lugones lo categórico —ya lo señalamos: buscador



ingenuo de infalibles—, pretendiendo lo exento de toda posibilidad de objeción. Se podría hablar, por lo tanto, de una *entereza*, una entereza de características polémicas, insensibles a la concesión, a la que suponía, pero únicamente como factor excluyente y *no con criterio ecléctico*, porque es ecléctico quien concilia y no aquél que va desechando las sucesivas fórmulas a las que recurre.

No eclecticismo por un lado, y *no heroísmo* por el otro, en tanto me parece excesivo denominar así al muy dudoso mérito de insistir en esas aceptaciones y no ir derechamente a la creación de lo propio, juzgando a esta limitación —por defenderla y no enmendarla— esencia de insustituible determinación. *Su entereza resultó valedera como aspiración a una unidad y como imperativo de vigencia vital, pero le impidió la complementación de lo efectivo —esta misma entereza— y la realidad, en un ideal trascendente.*

Todos sus avatares fueron repeticiones de esta íntima incompatibilidad personal; una sucesión de impuestas elecciones con sus añejas renunciaciones y limitaciones.

Porque si Lugones emprendió una lucha contra fórmulas y esquemas, fué para imponer otros signos. Quiero decir que *sólo pudo reemplazar, sin superar*; los valores negativos subsistían nada más que con el acento cambiado. En Lugones no hubo un reniego de valores caducos, sino un desencuentro con sus propias prolongaciones, en tanto desconoció siempre los extremos alcanzados por sus propios esfuerzos; y si aparecía espontáneamente revolucionario, era reflexivamente ordenado, y si la acción lo atraía, lo rechazaba su misma inestabilidad que no tenía lugar en la necesidad que lo llevó a aquélla. Eran simples actitudes que no admitían duda mientras eran adoptadas.

De ahí que su error consistió siempre en no acatar las consecuencias impuestas por unos principios elegidos; lo que no significa de modo alguno que en todo momento no haya buscado el compromiso, la responsabilidad frente a la problemática vital, anhelando soluciones teoréticamente fundadas, *creyendo* —eso sí— *que eran sólo problemas de dimensión vertical, puramente geográfica, de circunstancias nacionales, cuando en realidad la proyección era distinta, de contornos históricos, del mundo todo.* No advirtiendo que en última instancia entre esos hechos y sus actitudes no había una coherencia y sí una distorsión cualitativa.

Y este tremendo divorcio entre su subjetividad y su contorno, fué una de las causas de su fracaso, pese a su afán por renovarse en el constante trato de los problemas de actualidad, y *haciendo de su propia impotencia una razón de superioridad, convirtió esta crisis definitiva en su propia razón de ser, su im-*



*potencia en su tónica formal, su falta de finalidades en su propio fin.* Porque, lógicamente no pudo dejar de deducir la conclusión inevitable de las premisas planteadas por toda su vida que se le fueron apareciendo tácitas hasta en la triste lucidez de su decisión última. Dicho en término paulinos: quiso evadir la ley, la inexorable legalidad a la que él había contribuido con su estricta actitud de siempre, hasta con su *pasar por todas las etapas*, a lo largo de las cuales las quejasas princesas terminaron por convertirse en aullantes Euménides.

Otro aspecto de Lugones —consecuente con su desenfoque y atraso respecto a su contorno dinámico y real— es *la improvisación de un halagador precedente para nuestro país*, por suponer, quizá, que algunos motivos espirituales se irían sobreponiendo a las contingencias de su hora, al intentar un buceo en nuestra realidad constitutiva más íntima y genuína, tratando de transformar un objeto desvitalizado como era nuestra historia para evitar que fuera algo *inauténtico*. Entendió que ese pasado no era algo desligado y ajeno a su existencia sino que lo estimó con capacidad de engendrar historia, no *conociendo* simplemente el hecho histórico sino *reconociéndolo*. Y dejando de lado la investigación clásica que sólo podía dar una minuciosa descripción de los hechos, quiso averiguar lo sustantivo de los mismos, evitando el simple formuleo de dictámenes condenatorios o absolutorios; negando que el pasado fuera un simple depósito de experiencias humanas, pero al sobrestimar una historia cuajada de altibajos, incurrió en una especial *petición de fin*, apoyándose en los valores presentes que no habían salido del escolástico estado de potencia, para construir todo una teleología wagneriana. Vió a su patria grande, porque la quiso ver grande y se equivocó.

Fué así como defendió figuras que aún hoy no han sido definitivamente asimiladas —el aspecto positivo de esta actividad lugoniana—, algo de lo que todavía no se había tomado conciencia y que —según él— tendría que permitirnos seguir siendo, y que únicamente aparecía como historia amenazante.

*Es que Lugones creyó en lo utópico en cuanto tiene algo de la negación de la realidad circundante, un factor del que no podía prescindir, quizá porque desde su inicio, América fué raíz y campo de utopías.* Con todo, lo que aparece innegable, es eso, que Lugones, como en el proceder cartesiano, valorando a nuestro país lo pensaba, y al pensarlo le otorgaba existencia, queriendo incorporarlo por este proceso a los más amplios ámbitos culturales. Desgraciadamente le faltó en las actividades que siempre siguieron a esas reflexiones, el indispensable despego de lo esquemático y de lo subjetivo. Dentro de ese marco insertó Lugo-

nes sus arquetipos, productos de minuciosas revueltas deductivas y de rígidos causalismos —aparentemente contradictorios con su concepto de destino— sometidos a un cerrado determinismo en el que subordina diversas y aún contrapuestas expresiones culturales a un centro regulador —todo lo contrario de un criterio ecléctico— en los que sus análisis de textos escogidos se van yuxtaponiendo según una singular y subjetiva coherencia.

De ahí que *Lugones viva más que sus puntos de vista* y, hasta en algunos de sus aspectos, logre trascenderse a sí mismo; y si alguna unidad obtuvo en su vida —tupida trama de expectativas—, estuvo dada por esa fe ilusoria que puso en ella y en su propio espíritu, factores constantes de su determinación, aunque nunca de su realización. De una realización frente a la que, por momentos, se capta esa oscura inhibición —cuyos sutiles meandros trato de seguir— especialmente vigente en su impulso de creación. Superada en virtud de su vivacidad polémica —transitorio elemento catalizador de su dispersión— y que se manifestaba al solucionar cualquier problema cargando su valoración en uno solo de los elementos que lo componían: el escamoteo del verdadero planteamiento; la destreza como recurso primordial para encubrir aquella inhibición; *el defecto que se trasmuta en astucia formal*. Es así como las tentativas de Lugones por lograr precisión lo desvitalizaron haciéndolo adquirir un mecanismo externo.

Por otro lado, la fuerza que se ha querido descubrir en sus obras —contraparte del vigor físico que determina una singular raza de escritores argentinos: Sarmiento, Hernández— es evidente que sólo responde a una hibridación de elocuencia y de esa destreza formal que había sido admitida como necesidad renovadora, pero que al mismo tiempo resultaba *la razón esencial del fracaso de su intimidad lírica*. Se encuentra más el alarde que el sentimiento, que aparece acoquinado bajo una constante impostación de la voz. Su virtuosismo le hace cargar de énfasis dramático a simples instancias poéticas y ofrece su lírica como espectáculo, sosteniendo sus versos con elementos exteriores despojados de esa linfa sutil que les hubiese otorgado estructura poemática. Su poesía lírica actúa así y se conforma en función de la culminación, a la que se llega por escalonados versos con el jadeo consiguiente.

Su fracaso lírico lo empujó al campo épico donde creyó poder dar rienda suelta a sus desbordante subjetivismo, pero su constante formal siguió vigente en tanto la lectura de esa poesía revela que al querer obtener una *unidad poética* —de valor propio— sólo consiguió *unidad poemática*, de construcción acabada por la falta de lo inesperado, de lo imprevisto. El clima se logra

con una especie de preaviso —por así decir—, en el que se clama y reclama por los elementos heroicos; recurso que invalida toda posibilidad de ensalmo, de “ya está” mágico y verdaderamente creador. Su “pathos” es logrado por explicaciones y reiteraciones que habiendo debido ser de caótico fervor, se tornan engolados minuciosos inventarios contruídos con el orden de la yuxtaposición —como si tomara de las palabras pronunciadas la apoyatura para las siguientes, con el truco rítmico del orador o del payador—, provocando así la presencia de todos los elementos que priva al conjunto de la sugestión de lo simplemente aludido.

Se ha pretendido —atendiéndose también a lo externo— que a partir de su obra han surgido las posteriores corrientes de la poesía argentina, sin distinguir que éstas provienen de él no en virtud de su *multiplicidad poética* sino de su *multiplicidad como poeta*. Se comete así una confusión semejante a la que se incurriría si se lo viera como maestro de las diferentes y antagónicas orientaciones políticas en las que militó. *No; no caben de ninguna manera actitudes magistrales en la vida y en la obra de Leopoldo Lugones.*

Nada definitivo queda de su obra, penosamente *circunstancial por sus motivaciones y por su realización* en cuanto no participó de las denominaciones comunes de las cosas: por debajo del problema diario el problema eterno que lo conforma. De ahí que tenga valor para la historia de la cultura: su vida y su obra como exponente —así se vivía y así se escribía en tal y cual momento y lugar—, pero no con el valor ejemplar que se le otorga a las obras y a las vidas realizadas, concluídas, a las que se vuelve, a las que se tiene presente.

*No tuvo Lugones la calidad de maestro en tanto le estuvo vedado prever el cambio y consiguientemente la particular didáctica de cada momento.* No aparece en sus descubrimientos la *revelación*; a lo sumo, su ágil destreza daba como mejor resultado la *propaganda estética*: ya como prestidigitador, ya como clown, ya como orador, ya como payador, pero jamás en el diálogo esencial del magisterio. En Lugones no existe ni la presencia, ni la asistencia, ni la adaptación del que enseña.

× Cuando negué que Lugones siguiera las alternativas de la moda, di como prueba que no había colectividad que lo acompañara: estaba él solo en sus actitudes, y más que solo, aislado, en tanto únicamente supo de la soledad cuando se encontró en ella. *Desvinculado* precisamente en su calidad de hombre que estaba al frente en su búsqueda de definitivos —afanoso de exclamationar de una buena vez: “¡Este soy yo!”— que lo anquilosaban

en simples "poses" de modelo en las que se engoiosinaba. Tuvo, sí, *imitadores*, que copiaban de él, pero sin la autonomía que requieren los auténticos *discípulos* y sin la suficiente objetividad crítica que les hubiese otorgado personalidad.

Y si las obras de Lugones implican una vigencia de origen colectivo-circunstancial y que por él se explican —con la malicia y la desventura que eso significa— al convertirse en *instrumentos de inauguración cultural y política*, no evidencian en toda su extensión la intensidad de sus propios sufrimientos, de sus íntimos sentimientos. Ni siquiera el esfuerzo por acomodarlas al relato de su interior intenso; sino que, por el contrario, resultan sólo un pretexto para enmarcar hechos, un punto de referencia para contemplar sus crisis sucesivas. Y que por el ideal de hacer extensivas sus experiencias a su *público*, sólo logró mantenerlo inerte. Les faltó intimidad porque en ninguna parte aparecen las referencias sentimentales que serían indispensables para el examen sincero y definitivo de sus propias circunstancias: sólo le interesaba mostrarse ante ese *público* con la magnitud de sus reacciones y de los sucesos que, al situarse en relación con él, adquirirían un desproporcionado relieve.

Lugones estimaba las cosas en función de sí mismo, relativizando su ámbito al erigirse en su centro. Tanto es así que hasta la multiplicidad de su obra fué producto, no tanto de su necesidad de comunicarse como de su afán por ubicarse a sí mismo, *encontrando en su público simples variaciones de sí mismo y no identidad con su quehacer*. No fué un auténtico *hombre representativo* en tanto siempre tenía presente el artificio de su propia ubicación. ¿Representa esto, entonces, *la desconexión entre su sentido trágico y su heterogénea actitud respecto del sentimiento épico y la actitud homogénea a que aspiraba al fracasar su personalidad como instrumento catalizador y su obra como expresión unificadora de lo argentino hondo?*

† Hablé anteriormente de *generación ineficaz: ineficacia originada en una falta de limitación, de contención, de reconocimiento de sus propios límites*. Y aun cuando dentro de ella hubo actitudes totalmente distintas; porque si en Lugones hubo un constante e insuperable desenfoque con su contorno, de hecho había una *aceptación* —que no quiere decir resignación—, un goce y un agudo afán por aprehenderlo. En los otros hubo *reniego*: quisieron conservar las manos limpias sin entender jamás las características de la verdadera faena. Y precisamente el actual prestigio de alguno de ellos —pienso sobre todo en Lisandro de la Torre— se fundamenta en que sublimaron la *renuncia*, de antiguo abolengo y prestigio argentinos, culminación del no compromiso, conjugado con todo el romanticismo —otra cons-

tante argentina— de ese brusco e inacabado final. Desde este solo punto de vista, tiene Lugones una mayor dignidad, en tanto se esforzó por poseer su contorno, su realidad, sin gambetas vitales. No pudo, pero quiso. De la Torre, en cambio —y sírvame su figura como ejemplo—, pudiendo hacer y hasta poseer, no quiso porque prefirió ser puro.

+ *Lugones fué el arquetipo de esa generación ineficaz* —lo repito— en tanto presenta las características con mayor evidencia. Esa ineficacia se originaba en el desconocimiento de sus caracteres propios, que le hubieran otorgado una fisonomía común diferenciadora de la anterior (la llamada “generación del 80”): reaccionó contra las fórmulas que dominaban en el fin de siglo, pero las que se impusieron no fueron sustantivas, de y no fué tanto lo heredado como lo importado. *Lugones, arquetipo de esa generación ineficaz, pese a su constante intento por lograr una unidad formal, un orden externo, fracasó al no obtener una limitación —autolimitación— que además de aceptar su realidad, le permitiera interpretarla con signos propios; pero habiendo visto fracasar todos los esquemas utilizados, cayó en un escepticismo emotivo, por un proceso de polarización frecuente entre los hombres de esa generación: una sobrestimación de su contorno los condujo a una sustancialización de lo que no tenía nada más que un carácter ideal; y esos ideales (términos finales de sus aspiraciones) configuraron un idealismo no entendido como cautela ante los hechos y las cosas, sino como frustración frente a ellos. Frustración que los enfrentó a la disyuntiva de aceptar una doctrina socialmente autoritaria (Lugones) o una concepción nihilista (de la Torre).*

\*

En mi intento de valorar a Lugones, he considerado hasta ahora únicamente los elementos que surgen de su vida y de su obra en forma directa, pero a los efectos de situarlo con mayor precisión, lo voy a enfrentar con Martínez Estrada, arquetipo de la generación siguiente; no con un criterio de paralelismo por lo que tiene esta palabra de evocación de dos series de hechos independientes entre sí, y por el peligro que supone determinar la naturaleza del uno a base de su polarización con respecto a la del otro, sino por la mayor precisión que pueden alcanzar los contornos por la contraposición de planos:

Así como Lugones resulta más el producto de una disposición que de una capacidad, que por su fracaso en el conocimiento veía a nuestro país, a su contorno, como una composición y recomposición de elementos que lo deténían ante lo descriptivo, acumulando una de las dualidades en beneficio de la otra, Martínez Estrada ha establecido sutilmente las distinciones entre

las estructuras vivenciales como simples fenómenos y las determinantes totales o parciales de esas mismas vivencias. Pese a esto, se lo ha acusado de describir los hechos y las personas fuera del contorno histórico de sus significaciones, cuando lo que en realidad ocurre —y para emplear una terminología ya usada— es que, además de la simple descripción de los fenómenos, ha practicado una previa reducción fenomenológica, *eliminando toda clase de supuestos que se oponían al reconocimiento de lo que hay de permanente, de objetivo y de categórico*. Y al acentuar el carácter individual de los objetos históricos con la práctica de esta especial eidética, ha entendido el incesante fluir histórico como trascendencia a la vez que como sobrevivencia.

Claro que por su costumbre de indagar hondo, Martínez Estrada incurre en una inconexión de lo simplemente aparential, por un lado, y por otro, en la falta que significa no poner en la superficie —más que corolario de lo primero, concomitancia— lo conseguido en su rastreo: falta de claridad, falta de superficialidad en el sentido orteguiano, quizá, por evitar una sistematización de sus ideas, por la repugnancia que le producen las construcciones cerradas al mundo, perfectas como tales y llenas de congruencia consigo mismas. Verdades que sólo son ilusiones sostenidas por esquemas tan del gusto de Lugones, explicables en este autor por su tendencia —reiteradas veces puesta en evidencia— a aislar el objeto privándolo de su propia dinámica, en tanto *no podía concebir lo inteligible sino aislado, mediante la exclusión de todos los otros valores que no fueran los suyos*.

En este mismo sentido resulta sintomático que cada vez que Lugones insiste en determinada idea, la adultera *al proyectar todas sus afirmaciones en ideales*, precisamente por esos a priori a los que debía someterse la realidad. Estos ideales resultaban la proyección de sus esquemas sobre el futuro, que parecía sometido a rígidas y excluyentes retículas.

En cambio —y aquí sí la oposición entre Lugones y Martínez Estrada como mayores representantes de dos generaciones sucesivas es evidente—, a éste último le interesa averiguar la legalidad esencial de las cosas, con un particular *presentimiento* de ellas, sin restarles su auténtico sentido para teñirlas de un valor funcional o con el que suelen presentarse. Lo que en Lugones es esquema, resulta en Martínez Estrada superior táctica en tanto se ha interesado por la interpretación más que por los resultados, ocupándose de las *expresiones*, las únicas en que se capta las contradicciones. Diametralmente opuesto a Lugones, para quien al averiguar las causas solamente la exclusión era definitiva, Martínez Estrada capta la inalienable calidad de lo imedito en cuanto tal, en su constante mudanza, con un especial



sentido pictórico por lo próximo —clásico en cuanto se interesa por lo que le rodea—, por el simple paisaje de los hechos en su esencial significado.

Así, todo lo que pueda parecer conformismo con la realidad en Martínez Estrada, es objetividad, es el detenimiento que la reflexión exige. Entiéndase bien: detenimiento en el observador, no en el objeto; pues resultaría completamente absurdo detener al pájaro en su vuelo para saber cómo vuela. Le interesa fundamentalmente el durante, forma dinámica del presente, teniendo a las *circunstancias* como decisivas. A Lugones, contrariamente, le interesaban las *tendencias*, su campo de posibilidades, su poder, sus potencias, pero fracasaba ante el aspecto dual de todas ellas. Por lo tanto se podría decir que *mientras Martínez Estrada tiene una comprensión de la vida, Lugones ambicionó siempre tener una visión del mundo.*

Como prolongación de lo que acabo de señalar en Martínez Estrada, resulta defectuosa su *proclividad a magnificar los resultados de detalle*, otorgándoles una vigencia mayor de la que merecen. Martínez Estrada generalmente opina acoplando elementos, como si fuera tirando pareceres, distintos de las opiniones en tanto no tienen la adustez del que opina, sino la dignidad del que supone la rectificación en sus propias afirmaciones. Técnica de diálogo, así como las opiniones lo son de la polémica. Es que en toda verdadera conversación de dos hay una dosis de concesión, elemento metódico del diálogo y que marca los silencios indispensables para oír qué dice el otro.

A lo largo de los libros de Martínez Estrada se va conformando esa técnica que yo llamaría impresionista, en tanto deja en libertad a su aprehensión despojada de presunciones intelectuales, y que paulatinamente se transforma en un puntillismo cuando quiere arquitecturar mayores organismos. Martínez Estrada analiza partiendo de los hechos y de las cosas, única forma de representar lo que está desconectado. Martínez Estrada opina que no existe realidad en la Argentina. Sí que existe, aunque sin una jerarquía de valores. La realidad no existe solamente cuando está organizada, sino que es previa en su caos a cualquier organización. Tanto es así, que la actitud lugoniana es sintomática en cuanto erraba la elección del elemento organizador; en cambio, Estrada, al evitar una descripción lineal, acierta con el método que corresponde a la desarticulada realidad argentina.

En este aspecto exclusivamente metodológico, Martínez Estrada ha recurrido a elementos utilizados por Spengler, así las homologías, que son precisamente lo más endeble de sus construcciones en tanto inducen a falsas y brillantes analogías. Respecto de los "invariantes", que para Simmel son formas irre-

ductibles que tornan operante una estructura organizada, para Estrada tienen un valor más restringido, en tanto sólo valen como condicionantes, de simple acentuación y no de sintaxis.

Estos recursos revelan que no existe en Martínez Estrada la intención de lograr unidad metodológica; sin que esto signifique otorgarle a esta circunstancia un valor peyorativo, sino precisamente todo lo contrario, en tanto la reducción a un solo punto de vista ha sido totalmente superada.

Todo lo que hay de negación en Estrada, tan alejado del pesimismo splengleriano como del subjetivismo de Lugones, presupone una honda piedad hacia las cosas, hacia la naturaleza toda (que jamás aparece en Lugones, fundamentalmente antropocéntrico), a la que no ve como producto de su espíritu, sino como presencia viva y plástica y a la que defiende contra la invasión de ese espíritu; así como a éste contra sus propias tentaciones de sustituirse con el mundo exterior. Y es por esta piedad hacia lo esencial que magnifica esos valores parciales, los aumenta; y lo que desde el punto de vista descriptivo es un acierto, desde el valorativo, resulta una exageración.

Por lo tanto, su eficacia para pintar la realidad argentina, para analizarla y para pronunciar *exclusivamente* su diagnóstico, de hecho resulta una forma de limitación, su *autolimitación*, sin duda alguna, consciente y eficaz, pero que lo somete a lo particular en detrimento de lo general.

Frente a esta posición, que con todos sus inconvenientes es cabal posición de ascetismo intelectual, Lugones aparece como un hombre *indelimitado* en todas sus diversas actitudes, que solamente eso resultan los disfraces transitorios y sucesivos de su imposibilidad de profunda renovación.

Desgraciadamente, la total falta de sentimentalismo gesticulante de Martínez Estrada lo ha hecho aparecer como al más desvinculado de los principios que representa, convirtiéndolo — como crítico de la esencia y de la realidad argentinas— en un valor operante, pero no determinante en la medida en que fué Lugones, a pesar de que éste sometió sus valores sustantivos a esquemas ajenos cuando empezaba a sentir la sensación del fracaso. Sí; definitivo fracaso, muy distinto de la desilusión más o menos romántica que solamente aparece cuando todavía esperaba algo de las cosas, cuando delegaba lo personal en el ámbito, lo íntimo en el acontecimiento. Fracasó en tanto no se animó a perderse y luchar con el ángel, sino que solamente quiso detener las cosas para entenderlas mejor.

*Lo incomprendible es que su gesto último —inesperado para quien no conozca su mecanismo mental— concluyó por ser considerado como la determinante principal para valorar su vida,*



*su estilo*. Incompletablemente —invirtiéndose el ordenamiento causal— se trata de entender su vida por su muerte, como si se pudiera apreciar el curso de un río por sus desbordamientos; y más aún, de justificarla como último reproche a un medio que lo favoreció. Cuando precisamente la no superación de la fase emotiva de su experiencia, le hacía cargar el peso de sus valoraciones sólo en lo que podía adoptar como punto de vista; de ahí que sus teorizaciones no fueran más que el esclarecimiento de sus experiencias que llegaron a formar una mentalidad, una manera de ser, un complejo del que no se pudo librar.

Si pudo resultar inesperada y hasta inexplicable esta confrontación entre Lugones y Martínez Estrada, creo aclararla suficientemente diciendo que en momentos de total marasmo, es una tentativa por clarificar qué queda de sólido frente a todo lo negativo que arrastra la personalidad de Lugones en tanto representativa de otros hombres de su generación que por amar a su país y creyendo entender su historia no supieron intuir su presente, y operando sobre apariencias las más de las veces por ellos mismos construídas, invocaron ingenuos imponderables con una falta de sentido realista teñido de absurdos alardes mesiánicos. Martínez Estrada, en cambio, por una poderosa superación de un comienzo farragoso, de penosa lectura, desarticulado de todas las violencias de ese momento —hablo de 1918— en que no ocultaba su cosmopolita condición de nefelibata, se aferró a un criticismo realista, y perseverando en su ser, prefirió emitir dolorosos diagnósticos y no pronósticos más o menos dulzones. Este criticismo realista de Martínez Estrada (de muy poca práctica entre nosotros en tanto supone un vigor espiritual para desnudar y desnudarse de protecciones a fin de quebrar toda clase de fáciles y heroicos idealismos) ha rechazado todo sentimentalismo que supusiera un temblor indeciso ante la necesidad de suprimir excrescencias. Porque hay quienes de sentimentales no se purgan. Martínez Estrada, en esta práctica higiénica, se alivió de ese lastre, pero deteniéndose ante el exceso profiláctico, ante lo vitalmente puro que es la castración. Y es así como su lectura, su viril compañía, es estimulante frente a la depresión que produce Lugones. Y si he presentado las semejanzas y las diferencias entre Lugones y Martínez Estrada, no ha sido por afán de comparar, porque si en mi actitud intenté ubicar, la segunda sólo hubiera supuesto la mensura.

Lo más evidente, en lo que he insistido más por ser su determinante vertical, es *la falta que padecía Lugones de esa*

*objetividad que otorga dignidad a las cosas.* El quiso integrarse en las cosas, en todas las cosas, consciente de los claros de su espíritu, de sus faltas, en una inquietante y constante *búsqueda* de mitos que desgraciadamente arrastró siempre una mera actitud cognoscitiva, de superficial enciclopedismo.

Me repito en mis afirmaciones: una suerte de desasosiego lo diluyó en los más diversos ideales —compleja trama de desiderata— en una *tentativa frustrada de ser todo, en lugar de cidirse por ser algo*, y que acabó *aferrado a lo caduco*, a lo muerto, que fué la manera de morir de Lugones.

Alguien dijo que el hombre más grande jamás es más fuerte que las circunstancias. Cumpliendo un particular determinismo, Lugones resultó impotente para resistir a las incitaciones del momento, y su evolución sucumbe a ese destino, significado por el *predominio de lo subjetivo en su vida y de lo formal en su creación y de la oposición entre su unidad y su dispersión.* Destino que comienza con el abandono de un positivismo que se sentía único poseedor de la verdad científica y hasta satisfecho con su aparente resuelta problemática, y que termina en la confusión de sus propias ideas y en la incomprensión de las ajenas, aceptando sustitutivos que exacerbaron su exacerbado egotismo, sosteniendo ideas sin otra finalidad que la de lograrlas como realización, en una suerte de confesiones corales, especie anacrónica de frenéticos *revivalisms*. Lugones no entendió que estaba en pleno curso nada menos que la implacable demolición de las conductas humanas que desfiguraban la verdad del hombre como donador único del sentido de las cosas; que se trataba de que asumiera toda su responsabilidad como creador de valores, afirmando su definitiva autonomía; de que “el hombre se acordara del hombre” de que estaba asistiendo a la liquidación de todo un repertorio de creencias. Y se sintió desamparado cuando en realidad se había quedado con los restos de las cosas, y su desesperación brotó porque identificó su destino con el de sus antiguos bienes, viéndose como nuevo Panglos que entre ruinas humeantes afirmaba vivir en el mejor de los mundos. Interpretó torcidamente el grito gideano de “¡Enracinez, enracinez!”, y en lugar de ahincarse en sí mismo, se quedó en la covertura de una solución puramente geográfica, en cambio de utilizar lo nacional no como fetiche sino como medio para integrarse universalmente en una época que precisamente se comenzaba a marchar hacia la universalización de la conciencia histórica.

Mucho más certero es el diagnóstico de Martínez Estrada: cero. No más arriba, pero tampoco más abajo. Se acepta. Sin nada, totalmente desposeídos. Todo contribuye ahora a acentuar

esta desolación; pero aún a riesgo de asimilar nuestra esencia a nuestro devenir, creo que seremos nada más y nada menos que lo que hagamos —sin temor a equivocarnos— porque mejor que los ideales son las tardes y más eficaces frente a los hechos <sup>(1)</sup>.

DAVID VIÑAS

(1) Ver *Apéndice*.

## A P E N D I C E

El primer detalle que se impone a quien recorre con atención los años de la segunda y tercera décadas de este siglo, es la significativa muerte de los últimos representantes de los hombres que tuvieron alguna significación en el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX, y quienes generalmente son agrupados bajo el título genérico de “generación del 80” que sería más claro si se le pusiera bajo el signo del político de mayor gravitación durante todo ese período y se la designara así con el nombre de “época roquista”.

Estos últimos representantes son: Juárez Celman (que muere en 1909), Florencio Sánchez (en 1910), Vicente Gil Quesada, Eduardo Wilde y Lucio V. Mansilla (que mueren en 1913), José María Ramos Mejía, Julio A. Roca y Agustín Álvarez (que mueren en 1914), Carlos O. Bunge, Manuel T. Podestá y Carlos Guido Spano (que mueren en 1918), Rafael Obligado (en 1920), Estanislao S. Zeballos y Belisario Roldán (quienes mueren en el 22), Angel de Estrada, Juan Agustín García y Joaquín V. González (que mueren en 1923), José Ingenieros (1925), Francisco Sicardi (1927), Roberto Payró (1928) y Paul Groussac (1929).

Va desapareciendo, por lo tanto, “esa generación del 80 —según palabras de Florencio Escardó— que tuvo por misión —emprendida y no cumplida— la liquidación del colonialismo... que rodeó la vejez madura de Sarmiento y recibió su empuje civilizador”. Es un grupo de hombres que estaba condicionado en gran medida por el período siguiente a esa época romántica (que en la Argentina se tiñe con el rojo de Rosas) y que se consolida con el regreso y la acción de los proscriptos, en la posterior tónica liberal y laica, que desgraciadamente “se estanca después en un pragmatismo cómodo y oportunista”.

Son los herederos de Caseros, los hijos de Sarmiento —a quien finalmente arrinconan— los actores de la guerra del Paraguay, los autores de la campaña al Desierto y sus usufructua-

rios, los que se sentían ejecutores de los postulados alberdianos.

Estos hombres de la “época roquista” —hijos de proscritos y de guerreros de la independencia, o de los primeros inmigrantes— en sus planteos filosóficos y científicos juraban por Spencer, Comte y Stuart Mill, y sus bibliotecas estaban presididas por las figuras de Taine y Renán, aceptando de Coulanges la historia científica, erudita y objetiva, que reemplazaba la historia romántica y evocativa. Que hacían sus planteos conjugando las nociones de invención e imitación tardeanas, asignándole al hoy olvidado Le Bon una jerarquía similar a la que años después tendría Freud. En esos momentos, Lombroso gozaba de un prestigio semejante al de Ferri, y en un mismo año se introducía a Charles Gide en la economía y de la Cárcova daba a conocer *Sin pan y sin trabajo*; Darwin aparecía con frecuencia en la correspondencia entre Juárez y Roca; Posada, Ihering, Sighele, Iuglar, Cauwes, Vignes y Le Play interesaban tanto como Ibsen y Bracco, que estaban reemplazando a los dramaturgos del bajo romanticismo como Zorrilla, Echegaray, Campodrón, Tamayo, Ayala, Larra y Eguílaz; y el realista Fray Mocho, al romántico Eduardo Gutiérrez. Y en la poesía, la influencia de Hugo y Byron, de Becquer y Núñez de Arce, iba siendo desalojada poco menos que definitivamente por Gautier y los Goncourt, en un deseo de precisión técnica (especialmente en lo que tuviera origen parnasiano: así, Angel Estrada), de impassibilidad emocional y de imparcialidad intelectual, que se daba como contraparte de la vocación de los naturalistas (Zola maestro de dos médicos-novelistas como Sicardi y Podestá) que en función de su realismo psicológico encaraban el material estético con una precisión científica.

Son los hombres de la “época roquista” los que se formaron en el Colegio Nacional bajo la égida de Amadeo Jacques, o en el Colegio del Uruguay, dirigidos por Alberto Larroque, y con José María Torres y Pedro Scalabrini en la Escuela Normal de Paraná, lugares de estudio todos ellos donde “el positivismo más que una doctrina filosófica era un estado de alma”.

Dije que era éste el “período roquista”, que se abrió con el significativo lema de “Paz y administración”, que remite mentalmente al “Poca política y mucha administración” de su contemporáneo Porfirio Díaz. Ese “período roquista” en que la bohemia porteña se reunía en la “Cantina del 20 Settembre”, en Pellegrini y Viamonte, y discutía en “El Ateneo Argentino” y en “La colmena artística”

Como se reunía a discutir en “Royal Keller”, “Au’s Keller” y “Los inmortales”, los hombres que desarrollaron su mayor actividad en la segunda y tercera décadas de este siglo. Son

los hombres que nacieron durante el apogeo de la "época roquista" y que de una manera u otra estuvieron bajo la influencia de Darío. Si se observa las fechas de nacimiento, resulta evidente que nacieron (salvo excepciones como Lugones y Larreta) entre el 80 y el 90. Así: Alberini (1886), Arrieta (1883), Barreda (1883), Blomberg (1890), Capdevila (1889), Chiappori (1880), Dávalos (1887), Burgos (1888), Carrizo (1887), Echagüe (1887), Gálvez (1882), Gerchunoff (1883), Giusti (1887), Greca (1889), Güiraldes (1886), Iglesias Paz (1881), Jordán (1883), Larreta (1875), Lazcano Tegui (1886), Leumann (1888), Lugones (1874), Lynch (1885), Martínez Cuitiño (1887), Martínez Zuviría (1883), Carlos Noel (1886), Pagano (1883), Josué Quesada (1885), Quiroga (1880), Rojas (1882), Storni (1889). Es realmente una generación que se inicia en *Ideas* primero y, después, en *Nosotros*: que como la del 80 hablaba de "Sainte-Beuve y Nizard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier", ésta discute a Darío y a Ibsen, a Sudermann y a Asunción Silva. Y Croce y Bergson desalojan de los claustros y de la polémica a Comte, Spencer y Stuart Mill.

Segunda y tercera décadas del siglo: la generación "modernista" está en plena elaboración. 1910: Arrieta publica *Alma y momento*; 1911: *Los mirasoles*, de Sánchez Gardel y el Sarmiento, de Lugones; 1912: *La conquista* de Iglesias Paz y *El Malón Blanco*, de Martínez Cuitiño (es el mismo tema de *Historia de arrabal* y *Nacha Regules*, de Gálvez); en 1913, Lugones da a conocer su *Ameghino*; en el 14, Gálvez publica *La maestra normal*: el año siguiente corresponde a *El cencerro de cristal* y a los *Cuentos de muerte y de sangre*; 1916: Ortega está en Buenos Aires y Alfonsina Storni publica su primer libro: *La inquietud del rosal*; 1917: Quiroga se olvida de Poe y de Chejov y de Kipling, y Lynch da a conocer *Los caranchos de la Florida*; en el último año de la guerra Korn lanza su *Incipit vita nova*, donde afirma: "Croce, Cohen y Bergson son los obreros de la hora presente"; 1919 sigue Gálvez describiendo su Argentina triste y oscura en *Nacha Regules*, el año 20 se conocen simultáneamente *El salvaje* de Quiroga y *La propia obra*, de Iglesias Paz; el año 21 escucha la conferencia de Lugones sobre *El tamaño del espacio*; del 1922 son estas palabras de Juan Agustín García "En política, literatura, arte, universidades, aparece una democratización creciente, avasalladora. El teatro se coloca al nivel del conventillo de extramuros. [La *bête noire* del autor de *La ciudad indiana* era Florencio Sánchez y su línea tetral]; la novela florece con una fuerza extraordinaria, como las yerbas tropicales que cubren en días toda una

región. La novela semanal, picaresca, sentimental, a diez céntimos el pliego brota de todos los quioscos. Las universidades y colegios arrastrados por una fuerza irresistible, descienden a toda prisa para tomar el nivel común. Los críticos y los autores desprecian el gusto, la mesura, la fineza del espíritu... ahora se reza a todo lo que sea vulgar, mediocre, grosero o torpe... los grupos *Claridad* y la literatura de Barbusse causan estragos, como la escuela naturalista y el materialismo de Haeckel y Büchner, hace cuarenta años..." Era un representante del 80 el que hablaba así. El año 23, *Anaconda*, de Quiroga y *Xaimaca*, de Güiraldes; 1924: Lugones recoge su escepticismo de esa hora en *Filosoficula* y Lynch publica su *Inglés de los güesos*; el año siguiente está bajo el signo fundamental del *Discurso del centenario de Ayacucho*, pronunciado por Lugones en Lima. Contemporáneamente muere Ingenieros, el mayor representante del positivismo argentino. 1926: *Don Segundo Sombra* y *Zogoibi* recrean lo gauchesco con distinta medida y con resultado diverso. El 28 es el año de los *Poemas solariegos*; el 29, de *Elelín*, y el 30, el de *La patria fuerte* y de *El romance de un gaucho*. También, es el año de la revolución de septiembre.

Del 10 al 30 la "generación modernista" ocupa el primer plano del pensamiento argentino. Son los hombres que aparecen en *El mal metafísico*; así como los del 80 intervienen en *Juvenilia* y en *Recuerdos literarios*. La generación siguiente —la de los hombres que en su mayoría nace sobre el 900 y que empieza a escribir en la tercera década—, es la generación de *Bahía de silencio*, la que exhibe su problemática angustiosa en *Historia de una pasión argentina*.

Este grupo de hombres —los que constituirían una "generación del 25"— maneja y discute a Henry James y Simmel, Ortega y Spengler, Waldo Frank y Hartmann, Unamuno y Heidegger, Kafka y Scheler, Lawrence y Proust, Huxley y Joyce, Eliot y Gide, Gorki y Valéry, Mann y Claudel, D'Ors y Péguy, Apollinaire y de la Serna. Una generación que en su mayoría se debate en una introspección tan aguda como pasiva; estado de alerta que la separó definitivamente de todo lo que no fuera ejercicio discursivo o faena estrictamente estética. Es una "generación" donde abundan los "clerics", clase que no se había dado hasta entonces en toda su incontaminada vigencia.

Sus fechas de nacimiento se agrupan alrededor del 900; así: Amorín (1900), Arlt (1900), Astrada (1894), Barletta (1902), Bernárdez (1900), Borges (1900), Cancela (1892), Canal Feijóo (1897), Castelnuovo (1893), Delfino (1906), Max Dickmann (1902), Estrella Gutiérrez (1900), Julio Fingerit (1900), Glusberg (1808), González Lanuza (1900), Gouchón Ca-

né (1901), Guglielmini (1903), Guillot (1899), Mallea (1903), Marechal (1900), Martínez Estrada (1895), Méndez Calzada (1898), Nalé Roxlo (1894), Palacio (1900), Petit de Murat (1907), Rega Molina (1899), Francisco Romero (1891), José Luis Romero (1909), Ruiz Daudet (1901), Verbitsky (1907), Yunque (1890).

De estos hombres, algunos se agrparon en torno a *Prisma*, a *Proa* y a *Inicial* en sus primeros tanteos, y posteriormente alrededor de *Martín Fierro*, en contra de “la impermeabilidad hipopotámica del honorable público”, alardeando de irracionalismo y de confianza en el error, reaccionando contra *Lunario sentimental* y el *público* que lo aplaude. Son los hombres que rinden homenaje a Góngora y dan a conocer en Buenos Aires a Neruda, que niegan pertenecer a la izquierda o a la derecha o al centro en materia política, que se ríen de las boberías y cursilerías del Buenos Aires de 1925. Son los hombres que celebran a Figari y a Pettoruti en comilonas que caracterizan —pe-se a todo— la despreocupación de esos años del aburguesado gobierno de Alvear. Hablan de Carrá y de Vlaminck, y se ríen de Zuloaga y de Quinquela; comentan a Honegger y critican a Yrurtia, Larreta, Gálvez, Capdevila definiendo posiciones. Marechal ataca a Lugones y se homenajea a Marinetti. Publican a Le Corbousier que escribe sobre “La estética del ingeniero” y a de Torre que lo hace sobre García Lorca, Alberti y Gerardo Diego. Saben de la existencia de Ribera y de Orozco; Dalí y el jazz son lanzados a la circulación; y niegan toda tutoría intelectual y geográfica de Madrid.

1910-1930: una generación desaparecía, otra actuaba, una tercera empezaba. La generación del 80 fué eminentemente organizadora. La *organización* puede ser su signo como la *sistemización*, el de la generación modernista. Y una desesperada *búsqueda de esencias* ha sido la tónica de la generación siguiente que en sus comienzos se nucleó en torno a *Martín Fierro*.

D. V.



## Posibilidad de la Filosofía como Ciencia

La pretensión de constituir a la filosofía como ciencia, recibida en los círculos especializados, según los casos, con verdadero entusiasmo o con prudente reserva, sorprende y sorprenderá todavía a muchos. Se tienen aún presentes los cuadros del cientifismo finisecular, y en esos cuadros el papel que juega la filosofía, cuando juega alguno, se reduce a resumir los aportes que los distintos enfoques científicos de la realidad acumulan, para operar una especie de síntesis mágica total con ellos. En los otros casos, la concepción cientifista excluye radicalmente por innecesaria toda especulación filosófica, como ocurre, según es sabido, en la sistematización científica positivista.

Pero como quiera que es imposible escapar de la filosofía —ya se conoce aquello de que aún quien niega la posibilidad de la filosofía asume de hecho una posición filosófica a su pesar— la disciplina ha renacido, en rigor porque nunca estuvo muerta, del sepulcro comtiano que se fraguó para ella. Y nació de nuevo, precisamente como superación de un positivismo que distaba mucho de serlo en forma consecuente. Porque el programa que en un principio le había servido de plataforma teórica distó mucho, en determinado momento, de ser fiel a la realidad que se trataba de no traicionar mediante él. La observación desinteresada, la descripción objetiva de los hechos, fué siendo reemplazada por un desenfreno constructivo que terminó por llegar a pensar primero los hechos para después atender a ellos. La única actividad cognitiva que se salvó de ese perjuicio fué, quizá, la física matemática, y eso porque tenía ya hechas sus pruebas y legitimados sus alcances de modo fehaciente e indiscutible. Pero los otros sectores del pensamiento científico sufrieron doblemente las consecuencias de esta actitud, doblemente porque sus objetos eran traicionados dos veces: al resultar toerizados *a priori* en forma las más veces caprichosa, y al ser considerados luego con un aparato metódico montado para que los resultados de esa consideración coincidieran, sin dejar resquicios, con lo teoretizado previamente sobre ellos.

Cuando históricamente se llegó a esa situación, la filosofía volvió a reclamar por sus fueros. Y esto precisamente porque uno de los sectores del pensamiento humano tenía característi-



cas definitivamente filosóficas y pretensiones científicas serias a la vez: la psicología.

Tan serias eran esas pretensiones científicas que el psicologismo fué durante un tiempo legitimado sin vacilaciones y elogiado sin medidas; y el psicologismo se pretendía "positivo", título que le servía para denominar con él, más su pretendida científicidad, que su innegable carácter filosófico.

La reacción se produjo en lo que se llama "fenomenología". El alerta vino de una región filosófica del pensamiento, y se produjo con un aparato técnico de textura filosófica y con una revisión crítica filosófica de los supuestos que lo hacían imperioso. El alerta fué recogido casi de inmediato: Husserl mostró, en su crítica al psicologismo, precisamente, que era imposible seguir manteniéndolo como posición legítima en el enfoque de los problemas de conciencia. Y si con esto perjudicó a la psicología, benefició a la vez y al mismo tiempo a la filosofía toda; la benefició deslindando claramente los dominios de problemas y dando a cada uno un método adecuado a sus objetos respectivos.

La pretensión de la fenomenología es la de atenerse lo más fielmente posible a los hechos, a las cosas mismas. Procede por descripción, y sólo considera haber alcanzado sus metas cuando puede colocar frente a evidencias intuitivas indiscutibles, obtenidas mediante esa descripción y *nada más*. Pero aquí lo sorprendente: la pretensión de la fenomenología es también constituir a la filosofía como ciencia. Y esta pretensión extraña mucho más que la otra, sobre todo si se piensa que la fenomenología misma nació, en cierta medida, como réplica filosófica a la ciencia. En este sentido estaría comprendida en los recuadros tradicionales que veían entre ambas posiciones, la científica y la filosófica, una relación de oposición imposible de superar. ¿Cómo, siendo así, esta aspiración a llegar a ser una ciencia?

Para comprender cabalmente el problema y sus consecuencias y alcances, es conveniente remitirse a la famosa frase de Kant en que éste aludió al "escándalo de la Filosofía". Se sabe que en ningún sentido parecido puede hablarse, entre otros, de un "escándalo de la física" o de un "escándalo de la matemática". Ambas marchan sobre seguro, acumulando certezas evidentes, y modificando sus soluciones por ampliación, en vez de cambiarlas por sustitución.

No ocurre lo mismo con la filosofía; parece que una especie de destino trágico la ha condenado desde su aparición, a ser sometida a la revisión crítica de sus posibilidades mismas. Y esto, por el contrario, no ocurre con la "ciencia". De la ciencia nadie duda ya; de la filosofía se sigue dudando. Y

no es del caso recordar aquella otra frase de Aristóteles en la que se decía de la metafísica que “ninguna ciencia más inútil que ella; ninguna superior”. Lo que está en entredicho es justamente la pretendida superioridad de la metafísica, es decir de la filosofía toda; esto es lo que, lejos de estar comprobado, hay que justificar. Los caminos para esta justificación son muchos y muy variados; pero visto que ninguno que atienda a lo que la filosofía es intrinsecamente, cabe buscar fuera de ella y por otros caminos la justificación a que se aspira. Y el modelo está ahí: está en el carácter constructivo de la ciencia, que ha conseguido reducir la explicación de la realidad a términos de valor universal y evidente para todos. La posibilidad de eliminar las interminables polémicas filosóficas de que está plagada la historia de la disciplina, está en que ella se constituya con la misma constrictividad, con la misma rigurosidad con que se ha constituido la ciencia. Tal, y no otra, la pretensión de la fenomenología, sobre todo en su aporte metódico.

Porque la importante es esto: la fenomenología no trata ya de reducir la filosofía toda a física ni siquiera pretende que la filosofía incorpore como propios los métodos de aquella otra ciencia. *Quiere llegar a su mismo rigor, sí, pero por caminos adecuados a su objeto.* Sería absurdo aplicar la relación de causa a efecto de la física clásica, o el concepto de probabilidad de la física moderna, en la “explicación”, por ejemplo, de los fenómenos de conciencia. Y el absurdo no viene sino de que los fenómenos psíquicos mismos, por ejemplo, no pueden “explicarse”, sino que deben comprenderse. Haber dado este paso no quiere decir que se cierra con él el camino a la constitución científica de la filosofía, o de la psicología, sino que quiere decir más bien que se ha tomado clara conciencia de que la única forma de rigor posible para ellas, sólo podía venir de un tipo de ciencia particular en la que el rigor estaría garantizado por la fidelidad al objeto. Nadie ha dicho nunca, o si lo ha dicho ha incurrido en grave error, que el *único tipo* de ciencia posible es el de la ciencia física; el error se ve en cuanto se toma en cuenta que ninguna ciencia está tan alejada de ella como la matemática —y por lo mismo tan cerca— sin dejar por eso de ser tan ciencia como ella.

De aquí precisamente el cuidado de Husserl de insistir sobre el punto, en ocasiones tan mal entendido, de que la fenomenología *no es una toma de posición*, frente a los problemas o a las cosas. Según ésto, si Descartes, Kant, Bacon, Hegel o Spinoza han obtenido, mediante una descripción adecuada, es decir bien hecha, de los problemas, conclusiones rigurosas donde el rigor viene de los problemas mismos, no existe el menor impe-

dimento para llamar fenomenólogos a todos ellos. La exclusividad de validez o de verdad no es del filósofo, es de la filosofía, así como la verdad de la ley de gravitación universal no es de Newton sino de la física. Se trata pues de un método, y de un método que sólo se concreta en leyes derivadas de una cuidadosa descripción de su objeto. Y si de la descripción no puede seguir ninguna ley, se trata entonces de un método científico que directamente no aspira a formular leyes. Nadie ha dicho nunca tampoco que la apodicticidad de la ciencia se debe únicamente al hecho de que formula leyes. Si ello hubiera sido efectivamente así, no se ve muy bien cómo podría seguirse llamando *ciencia* a la física atómica actual, en la que el concepto de legalidad ha sufrido cambios tan radicales.

Queremos decir con esto que la especulación humana, sea científica o filosófica, tiene siempre algo más y algo nuevo respecto de lo que ella misma proporciona. Y sobre todo cuando lo que proporciona es leyes. Algo más porque debe contar con la legalidad interna del pensamiento —que el científico hace a veces a un lado sin mayor embarazo— y algo nuevo porque cada nuevo hecho comprobado puede hacer peligrar incluso el alcance de una ley.

Si exageramos incluso un poco nuestras reflexiones, podríamos llegar a ver que la apodicticidad de la legalidad física es más pretendida que real. El hecho ha sido observado: las leyes de la ciencia son juicios asertóricos más bien que apodicticos; se limitan a decir qué es lo que ha ocurrido en casos ideales considerados como los mejores en cada experiencia total, y sobre esta base, a prever qué es lo que *posiblemente* ocurra en otros tantos casos igualmente ideales e igualmente favorables para las condiciones fijadas por la ley.

Pero sin llegar a esto, no se ve por qué no pueda alcanzarse una estrictez de rigor semejante con la filosofía. Para verlo con un ejemplo: lo primero que cabe delimitar con el mayor rigor posible, partiendo del supuesto de la pretendida estrictez, es la esfera de objetos peculiar del sector considerado. Hay tres objetos de naturaleza un poco huidiza, que tradicionalmente constituyeron el eje de la reflexión filosófica: el alma, el mundo y Dios. Precisamente la física, cuando comenzó a constituirse como ciencia no se hizo problema del mundo mismo, sino de las condiciones de su posibilidad. Y precisamente cuando la psicología comenzó a hacer valer su pretensión científica, fué cuando se dejó de lado la noción clásica de "alma". Con esto, una y otra se separaron en cierta medida o lo pretendieron en algunos casos, de la filosofía; pero ganaron en precisión y rigor. Con Dios no ha ocurrido lo mismo; y mientras la filosofía

siga atendiendo a ese problema, podrá seguir constituyéndose como filosofía, pero deberá declinar la aspiración a constituirse como ciencia. Y aún en el primer caso, la denominación "filosofía" parece ir más allá o quedar de este lado del problema que estaría considerando. Esto ya lo vió Kant, y la objeción que se ha actualizado contra lo sostenido por él es que está en la naturaleza misma del hombre el plantearse precisamente el problema de Dios. A lo que no podemos añadir ni quitar nada; sólo que cabe pensar qué es lo que se legitima con eso: si el que el hombre se plantee el problema como hombre o que lo plantee como filósofo. Y parece que se trata sólo de lo primero. Estamos en lo que antes decíamos: la ley de gravitación universal, para nada necesita que sea precisamente Newton quien lo haya formulado. Pero si por su índole misma la ley de gravitación universal se hubiera dado, por ejemplo, como imposible de ser formulada en una expresión algebraica, hubiera cabido muy bien la precaución de eliminarla del campo de la ciencia física, con Newton o sin él.

No sabemos todavía si podrá concretarse la aspiración aquí señalada. Pero es legítimo deponer los escepticismos prematuros, y pensar que tal vez algún día podrá justificarse un poco más sólidamente que hasta ahora la necesidad perentoria de la filosofía. Quienes la sentimos y la queremos con una evidencia de principios y de resultados un poco más firme y un poco más rigurosa, no podemos dejar de reconocer que el principio está ya sentado en firme. Las conclusiones apuntan ya también en nuestro propio terreno: la filosofía de la existencia es el fruto más elocuente y más cercano, a la vez que el más fecundo, si la filosofía es lo que una antigua tradición filosófica reclama que debe ser: una comprensión cada vez más profunda del ser del hombre.

ANGEL JORGE CASARES.

# EL CORO

al doctor ALFREDO L. PALACIOS

Ahora la Auditoría quiere saber cuántos tornillos fueron importados en el año 1951... ¿a mí qué me importa?

Alexis dejó el portaplumas corto, de madera áspera, entre dos de las jorobas del tintero y se abandonó francamente al empuje de sus pensamientos.

¿Pensamientos o imaginaciones? ¡a, ya!... Otra vez la misma cuestión. Y en verdad le preocupaba. Desde varios meses atrás su modo de discurrir —su propia mentalidad— se le aparecía como algo poco serio, ilógico... y aún sucio. ¡Imágenes, imágenes! Era necesario buscar otra manera más firme, más precisa. (¿También menos inquietante? ¿También más lejana de la verdad?).

Miró el almanaque: lunes. Si, hoy es lunes. Pensar un lunes en la semana que tenemos delante es como subir por una escalera mecánica que baja. Tomó de nuevo el pequeño portaplumas. Alguien comenzó a sumar en la máquina grande. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). ¿Cuántas oficinas como ésta habrá —en este instante— en Buenos Aires? ¿Diez mil? ¿Cien mil?

Entonces recordó el coro. Abrió el cajón de la izquierda: allí estaban los papeles amarillos escritos con su letra prolija de aprendiz de contador. Encabezaba la primer hoja un título subrayada con una línea ondulada: "CORO DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUJERES DE LA VIDA MEDIOCRE".

De sus ensayos literarios, porque Alexis cometía ensayos literarios, aquél era el preferido. A veces lo imaginaba formando parte de una hermosa y trágica obra donde se cantaban las guerras más heroicas y los abandonos más miserables del hombre moderno. Otras —nunca modesto— pensaba componer con él un cuento original, en el que gorgoteara ese "líquido sollozante" de la vida.

El coro comenzaba como en una gran lamentación.

—“Lunes. Lunes. Lunes.

Hoy es lunes.

¿Nunca conoceremos el amor y la grandeza?

Todas, todas las oficinas están llenas de hombres y de mujeres. De hombres y de mujeres inútilmente atareados en cosas que no les importan.

¿Y el sol? ¿Dónde está el sol?

¿Y el mar? ¿Dónde está el mar?

¿Y los niños? ¿Dónde está la sonrisa de los niños?...”.

Otro empleado se detuvo junto a su escritorio. Alexis levantó la cabeza: era Gómez. Parecía preocupado. El enojo de un cerco insalvable se le amontonaba en el entrecejo y le desdibujaba los labios. Tenía unas planillas en las manos. Se quedó allí, con la cabeza gacha, como si esperara.

Gómez: raza de amanuenses. El coro de la vida mediocre lo ha llamado.

—¿Qué te contestó el Jefe, Gómez?

—Que si fuera por él no habría inconvenientes... Pero justamente hoy la Auditoría ha pedido ese informe...

—Entonces te dijo que no.

Gómez encogió los hombros en una actitud familiar. Alexis pensaba que era de disculpa, pero nunca supo a quien disculpaba Gómez con aquel gesto.

—No. En realidad no me dijo que me quedara. Pero hay mucho trabajo y ese informe es importante.

—La Auditoría, el informe importante... ¿Qué es lo que importa más: esto o tu mujer?

—No Alexis. No comencemos otra vez. Las cosas no son así. Aquí me pagan para que trabaje. Tienen derecho.

Alexis pensó: Tienen derecho. Tienen derecho. Un juego torpe, pero eficaz. Un juego inventado por unos pocos para su beneficio. Un juego que —sin embargo— jugamos todos. En la máquina seguían sumando. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Una gran impotencia burlona y triste le tironcaba de las orejas.

—¿Qué fué lo que te dijo ella?

—¿Ella?

—Sí, tu esposa. Cuando habló por teléfono.

—¡Ah! Dice que no se siente bien, tiene miedo. Claro, como es primeriza.

Quiere que vaya enseguida. Quiere verme. Pero no ha de

ser nada importante, todavía faltan varios meses.

Aquí, con las manos llenas de papeles, hizo un ademán como si explicara algo, que no explicaba nada. Alexis volvió a

—¿Al llegar a tu casa... todavía es de día?

Gómez pareció sorprendido por la pregunta. Después comenzó a contestar con un balanceo desesperado entre la queja y la resignación.

—No. Llego tarde, cuando ya ha oscurecido. Y los sábados tengo las extras. Pero ella está bien. Claro que tiene un poco de miedo, como es primeriza. Se queda mucho tiempo sola, todo el día... piensa. A veces va a la casa de la madre, pero vivimos muy lejos.

—¿Qué edad tiene tu esposa?

Contestó maquinalmente y volvió a desaparecer en el remolino de sus contradicciones.

—Veintidós años... ¡María es muy caprichosa! No debió llamar. Le dije que no vuelva a hacerlo. Lo que ocurre es que está asustada... es natural... No ha de ser nada serio...

—¿Entonces no vas a ir?

Quedaron en silencio. El que sumaba en la máquina dejó de sumar. Gómez miraba la ventana alta y estrecha. El fruto inesperado de un pensamiento nuevo y simple le conmovió de la cabeza a los pies.

—¿Voy, Alexis?

—Te está esperando. Si te vas enseguida llegarás a tu casa con sol.

Alexis sintió el impacto de sus palabras en el cuerpo de Gómez. ¡Con qué sed extraña las recibió! ¡Cómo le corrieron ellas a través de los brazos, del torso y de las piernas como arroyos de leche tibia!

—Sí. Podría llegar a mi casa antes de que anocheciera, con sol. ¡Qué raro sería!... Me va a parecer domingo. Bueno, no: los domingos no viajo a esta hora. ¿A qué hora habrá tren?... ¡Qué importa! Esperaré en la estación. Mientras voy a ver cómo trabaja esa cuadrilla que está ajustando los rieles. No, no va a parecer domingo ni día de semana... ¡Tendré que cruzar la plaza! Parece una tontería, pero me gusta el perfume de las magnolias: es fuerte y fresco. Le voy a decir a María que me espere en la plaza.

Se movió y fué como si despertara. Una silenciosa lluvia de millones de pequeños pensamientos mediocres, de sonrisas de disculpa (¿a quién?), de gestos cortos y nerviosos, de puntadas en los ojos y en la espalda, de seis cuerdas caminadas para ahorrar los treinta centavos del tranvía, de "¿dónde irá el buey



que no are?”, de tú debes, tú debes, tú debes, le fué empapando la cara redonda y el cuerpo delgado.

—¿Y el informe? La Auditoría lo está esperando... No. No puedo irme. Reparó de nuevo en las planillas que tenía en las manos. Caminó lentamente hasta la máquina de sumar, colocó los papeles sobre la tabla y recomenzó su trabajo. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Alexis estuvo mirándolo un largo rato. ¿Pensaba o imaginaba? Volvió a recorrer con la vista las carillas del coro. Se detuvo en este párrafo:

“Las máquinas horribles teclean la razón de nuestras tristezas.

Las grandes hojas de los grandes libros están contabilizando la inútil muerte de las horas de nuestras vidas. Hoy es lunes.

¿Existe en algún lugar el minuto distinto de nuestra propia heroicidad?

... ¿Qué es esto? No. No queremos soñar.

Nosotros no queremos soñar.

Queremos dormir, dormir profundamente.

Hoy es lunes.

¿Para qué soñar? ¿Para qué?

¿Acaso podríamos despertar?

¿Acaso son posibles el amor y la grandeza?”

¿Acaso son posibles el amor y la grandeza? Gómez sumaba. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Dos preguntas quisiera y no quiero hacerte Gómez. Primera: ¿Para quién crees que va a nacer tu hijo? Tu hijo, sí; tu hijo. No va a nacer para tí, ni para María. Tampoco va a nacer para él mismo. Dentro de veinte años va a estar trabajando en esta misma oficina. (No importa que sea otra). Sumando el mismo dinero ajeno. (No importa que sea otro). Cambiando la misma mujer, el mismo sol y el mismo perfume de magnolias, por el mismo informe importante para la Auditoría. (No importa que sean otros). Con tu mismo cansancio de horas extras y tu mismo sueldo escaso. ¡Y todo va a ser natural, normal... administrativo! Segunda: ¿Cuándo te vas a morir Gómez? ¿Y si murieras esta noche; cuando vuelvas de trabajar las horas extras, al cruzar la plaza que huele a magnolias?

Se sobresaltó. ¿Hablabla o pensaba? No, no hablaba: Gó-



mez seguía sumando. Con un lapiz azul, Alexis escribió en la última de las hojas amarillas:

“No. No. No. No queremos morir.

Dormidos, heridos, enfermos.

Ocho y ocho y ocho horas encorvados sobre las mesas con secantes verdes manchados de tinta.

Pero no. Muertos del todo no. Muertos del todo, no.”

El tranvía repleto de gente se zarandecía y gemía en la cuesta de la calle Callao. Aunque afuera aún había algo de luz, las lamparillas del vehículo estaban encendidas y como varias se encontraban flojas, con los sacudones se iban apagando y encendiendo. Cada una de las coyunturas de las maderas, de los hierros y de los vidrios producía un chirrido distinto. Desde abajo llegaba el ronquido y el traqueteo de los ejes y las ruedas. Arriba las ventanas de los ventiladores golpeaban con furia. De tanto en tanto triunfaba el estrépito de un golpe formidable. Hacía calor. Alexis, de pie, sentía correrle el sudor por la espalda y por los flancos. Tuvo que echarse hacia adelante y levantar el portafolios para dejarle paso a un hombre que quería bajar. El borde de un asiento le lastimó debajo de las rodillas. La doble fila de hombres y mujeres que ocupaba el pasillo se fué abriendo trabajosamente. Una horrorosa sensación de malestar, de cansancio, de ropas húmedas de transpiración, viajaba también en aquel tranvía destartelado.

De pronto recordó aquella tarde. Era extraño. Siempre recordaba esa tarde en los momentos más inesperados: entre las voces y el humo de un café, al salir de un cine en la calle Lavalle, en los colectivos de techo bajo... Fué en la chacra de un tío, varios años atrás. Aquella tarde había ido a buscar a su tío a unos potreros. Estaban arando. Hubo que cruzar por la tierra recién removida, se hundía hasta más arriba de los tobillos... ¡Cómo cansa caminar por la tierra blanda! Se tuvo que parar, jadeaba como un perro. Poco a poco se fué tranquilizando. De golpe oyó el silencio; nunca antes había estado en un silencio así. Uno podía hacer ruido, podía gritar: ¡Tío Juan!... Era lo mismo, el silencio estaba igual, estaba detrás, desde antes. ¡Tío Juan!... Después se calló: ¿para qué gritar, para qué hablar? El potrero estaba en una loma y parecía que hubieran arado toda la tierra, hasta el horizonte. Anochecía. Una bandada de gaviotas blancas volaba detrás del arado. Nunca supo cuanto tiempo estuvo allí, hundido en la tierra blanda, silencioso, quieto; como un árbol que siente lentamente como la tierra lentamente le va subiendo a través de las piernas.

—Hermano, ¿por qué traes estas gaviotas blancas a un tran-

vía rechinante y atestado de gentes cansadas?

—Hermano, vinieron solas...

—Mira a los otros. Si quieres decirles algo, dícelo. Pero claramente, que sea como una suma o un teorema sin dos posibles interpretaciones.

—Hermano: ¿y qué haré con las imágenes?

—Pensamiento, hermano. Pensamientos y no imágenes.

—¿Y lo que no pueda decirse con la fría ciencia de las palabras?

—Te lo callas.

—¡Ah, si fuera tan fácil! ¡Si estuviéramos solos, si fuera yo el único que tú no comprendes, si no estuviera también aquí adentro el que ríe! ¡Ah, si tú pudieras oír esa risa y yo, que la oigo, pudiera reír!a!

—Imaginaciones, hermano. Sucias imaginaciones. Pensamientos necesitan los otros.

—¡Calla, calla! Oigo otra vez el coro multitudinario. Déjame presentir las palabras de los que aún no pueden hablar, porque saben demasiado poco de su propio dolor. Yo he criado para esto, otros oídos debajo de los comunes. Yo he aguzado para esto —con larga paciencia— el sereno amor de mis miradas. Y esto es lo que sienten oscuramente todos ellos, pero en CADA UNO. ¡Déjame! Esto es estrictamente personal. ¿Y qué podrías saber tú de lo estrictamente personal?

Buenos Aires. Buenos Aires. Buenos Aires.

Todos los tranvías y los ómnibus y las calles y las casas y los cines y los bares y los trenes subterráneos están llenos de hombres y de mujeres.

De hombres y de mujeres automáticamente atareados en una pequeña vida que nos roe las carnes y las almas.

Buenos Aires. Hoy es lunes.

¿Beberemos siempre el vino barato de los periódicos, de las novelas, de los cinematógrafos, de las revistas, de los teatros, de la música gangosa de los altoparlantes.

¿Nunca nos embriagaremos con el agua pura de nuestra propia heroicidad, de nuestro propio amor, de nuestra propia grandeza?"

Alexis bajó del tranvía al llegar a la calle Córdoba. Caminó por la vereda del Hospital de Clínicas y luego cruzó mirando hacia las dos direcciones del tráfico, como era su costumbre. Cuidaba mucho su vida y tal vez tuviera razón, aunque desde esta distancia nos parezca que no tiene mayores motivos para hacerlo. Finalmente entró en el edificio de la Facultad.

ORLANDO S. TORRES ROJAS

(Juan por Juan)

- VIII -

Islote aquí, rodeado de un mar de patios viejos  
donde cuelga la ropa  
cargada de historias,  
dejando su humedad al sol de enero.  
Enclaustradas de tapias  
las baldosas amarillas  
sumergen —como medias lunas en el café con leche—  
su indiferencia en la tarde del domingo.  
Qué decir de los patios.  
Los remuerden las lluvias recibidas,  
los torturan los soles,  
lloran bajo un vapor marrón de tintorería,  
aguantan los insultos de fox-trots virulentos  
que estallan en la radio del vecino.  
Islote aquí, patio incommovido  
de reyertas caseras,  
de corrosiva lavandina,  
de soledad de habitante hipocondríaco.  
Residuo enclenque de patio provinciano,  
sin glicinas,  
sin charlas lentas a la hora de la siesta,  
sin noviazgos crepusculares.  
Islote aquí.  
Vacío de tardes.  
Patio.

GERARDO A. ANDÚJAR

## POEMA SIMPLE 99

Tomaremos nuestra calle lentamente  
 sabiéndonos nuestros cuerpos y Su nombre,  
 Su nombre imprescindible,  
 seguros, sí, que Dios nos cobija con ternura.  
 Andaremos con nuestros pasos intimados adorándose  
 y Dios presente pondrá su palma derecha en el camino  
 y nos dará Su nombre  
 casi nube hermosa, única, para nuestras frentes.

Iremos haciendo palabra entrecortada y temblorosa  
 nuestra comunión  
 y entonaremos entonces, líquida y elevada,  
 torrentes hacia el cielo,  
 nuestra oración humana hasta Dios.

Tomaremos nuestra calle, junto nuestro pecho  
 al pecho celeste y puro de su cuerpo trascendido.  
 Tomaremos nuestra calle sabios inocentes del amor,  
 tomaremos nuestra calle con la sabiduría de Su presencia  
 [palpitante.

¿Qué diremos a la gente:  
 ¡Claro!, ¿cómo la divertiremos?  
 Miraremos furtivamente sus remotos ojos grises o colorados,  
 atenderemos sonriendo sus ademanes inconclusos, inútiles,  
 nos daremos por enterados de sus vidrieras,  
 de sus automóviles, de los colores de sus corbatas.  
 Pero, qué gran mentira latente,  
 qué asombroso despiste:  
 nuestros corazones jubilosos,  
 penetrados,  
 olvidados y olvidantes.

Pero, qué gran verdad la que Él nos entrega:  
 tomaremos nuestra calle alegremente,  
 unción de paraíso, unción de amantes emborrachados  
 iremos con finura hasta Su encuentro.

## BUENOS AIRES

Ya te voy sintiendo extraña;  
 lenta, como la pesadumbre añosa y obscena  
 te vas de mi alma, ahora.  
 Colmaste el espacio de mi inquietud pero ya no:  
 ni tus calles me duran bajo los pies amargos,  
 ni vuelvo a sentir más que la dura  
 indiferencia de tu nombre;  
 no hay rincones que no sepa que están muertos;  
 hasta las paredes ensuciadas de proyectos palidecen.  
 Lo que alguna vez me recogió y dió vida,  
 el infinito quemado en un nombre  
 me vomita fatalmente,  
 urge mi destino  
 que no son las calles  
 ni los árboles ni las dulces casas,  
 si no este desposeimiento que toca mis pies,  
 la llegada bajo el sol  
 a los interminables puertos, otros  
 y a otros sonidos  
 y a las imposibles sonrisas  
 y a saberte que no volveré a tu vientre  
 y a sentir ya desde lejos tu reclamo  
 y a apagarte con mi fuerza, con mi alma  
 y a pensar que ya no me dices nada  
 porque ya no me dices nada,  
 a ver serenamente esta serena muerte  
 que sólo siento yo,  
 que sólo veo yo,  
 porque ya no podré tocarte,  
 si no es contra tu hostilidad,  
 tu dulzura traicionada,  
 tu septiembre metido en las caras,  
 esta solcada poesía de mi fracaso.

NOE JITRIK

# En la Cima del Monte Ararat

(Bosquejo dramático)

## PERSONAJES

Noé

UNA MUJER

## ACTO UNICO

### ESCENA UNICA

La cima de una mole de escombros. En el medio, Noé observa el cuerpo exánime de una mujer. Tiene el pelo y la barba crecidos, la ropa destrozada y carga a la espalda mochila de soldado. Su edad oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta años. La mujer es unos diez años más joven, es de aspecto saludable y posee cierta belleza, pese a los estragos del sufrimiento; apoya la espalda sobre un trozo de mampostería y tiene la cabeza reclinada sobre uno de los hombros. Se oye una explosión muy lejana; la mujer vuelve en sí y al descubrir a Noé sufre un pequeño sobresalto, pero se recobra de inmediato y lo mira sin ninguna expresividad.

UNA MUJER. — *(Con voz apagada)*. Lo esperaba. *(Pausa prolongada)*. Me tranquiliza. Tengo los nervios destrozados de esperar. *(Nueva pausa)*.

NOÉ. — *(Sin matizar la expresión)*. ¡Es extraño!

UNA MUJER. — ¿Morir?

NOÉ. — Encontrarla a usted aquí. Llegué a tener la certeza de ser el único ser viviente.

UNA MUJER. — Ya ve que no lo es; razón de más para matarme.

NOÉ. — ¡Matar! Debo haber perdido la práctica.

UNA MUJER. — *(Cobrando paulatinamente vivacidad)*. ¡Qué extraño!

NOÉ. — Ahora toca a usted sorprenderse.

UNA MUJER. — Me sorprende el que hable mi propia lengua y que nos hayamos encontrado aquí. También el que no sea mi enemigo. No sé si todo esto tiene sentido.

NOÉ. — Lo tiene, al menos para mí. La soledad me ha concedido conocer el sentido de todas las cosas.

UNA MUJER. — La soledad le ha sido generosa. A mí no me ha dado tanto, como no sea apenas la conciencia de que vivo; y miedo.

NOÉ. — Ya es generosidad.

UNA MUJER. — No me quejo, sólo que se ha mostrado demasiado generosa en lo segundo. Mucho miedo de perder la vida para tan vaga conciencia de vivirla. Ultimamente la desproporción se hizo tan grande que casi no valía la pena seguir adelante; dos días sin comer... creí que era el fin; creí lo mismo cuando apareció usted. *(Noé se desprende sin prisa de su mochila, saca de ella comestibles y se los ofrece. La mujer vacila un instante y los acepta; come con avidez. Su voz y su mirada declaran desconcierto y agradecimiento a la vez).*

— Esperaba que sus manos me dieran la muerte y en cambio me ofrecen un bocado; no acierto a explicarme por qué ocurren las cosas así, pero de todos modos, gracias.

NOÉ. — ¿Gracias? Como en los buenos tiempos. *(Con una leve reverencia y con sorna)*. No tiene por qué.

*(La mujer ríe con una risa apenas perceptible pero deja de hacerlo súbitamente mientras su rostro se ensombrece).*

— Es demasiado pronto, o acaso, demasiado tarde para reír.

UNA MUJER. — No sé. He sentido un cierto malestar.

NOÉ. — Como si hubiera profanado algo.

UNA MUJER. — Y al mismo tiempo un gran alivio...

NOÉ. — El alivio de la liberación. El excesivo sufrir encadena y las cadenas son siempre intolerables.

UNA MUJER. — ¿Se empeña en explicar todas las cosas?

NOÉ. — Es un mal hábito de mi juventud; por otra parte, ello me salvó de la locura.

UNA MUJER. — Yo nunca me he explicado nada, ni busqué la explicación de nada, y sin embargo...

NOÉ. — Era el otro camino para salvarse. Eligió usted el más seguro.

UNA MUJER. — No lo sabía.

NOÉ. — Si lo hubiera sabido habría dejado de serlo.

UNA MUJER. — ¡El ser inconsciente me ha salvado! Puede ser; dice las cosas con un aplomo que apenas admite dudas, y además, yo deseo en estos momentos cualquier cosa menos dudar.

NOÉ. — Ha hecho carne en usted la actitud del naufrago: la salvación a toda costa. Con todo, una posición inteligente...

UNA MUJER. — *(Lo interrumpe con suavidad)*. No se esfuerce, por favor; ha venido como un amigo y hay mucho que me interesa averiguar de más importancia que lo que intenta explicarme. ¿Cree realmente que seamos los únicos sobrevivientes? *(Se pone de pie)*.



NOÉ. — No podría afirmarlo, la verdad, pero durante meses y meses de continuo caminar no he encontrado señales de vida.

UNA MUJER. — Puedo decir lo mismo, salvo que no he andado tanto. Cuando desperté del sopor de una fiebre violenta, sólo hallé cadáveres en el refugio subterráneo donde me encontraba. Tuve que pasar sobre miles de ellos. A alguna distancia de la salida descubrí un hueco muy grande en una mole de escombros, allí, abajo. Lo elegí como refugio y desde entonces vivo en él esperando.

NOÉ. — ¿Esperando?

UNA MUJER. — Lo que le dije en el momento de verlo. ¿Y cómo escapó usted?

NOÉ. — Que más da. El hecho es que escapé. Cumplía un largo viaje aéreo y al descender me encontré con esto. Esa fiebre que menciona debió ser una peste fulminante, cuestión de horas. Además, no tenía una gran faena que cumplir con las ciudades semi deshabitadas. No pasan en vano siete guerras mundiales.

UNA MUJER. — (*Afectada por el recuerdo*). He visto morir la gente como hormigas.

NOÉ. — No merecía vivir.

UNA MUJER. — (*Sorprendida*). ¿Lo merecemos nosotros?

NOÉ. — No en lo que a mí respecta, y eso que cuenta en mi descargo el que al menos no busqué esta guerra. Antes de empezar me lo echaban en cara, me rebelé contra los primeros síntomas de la locura y padecí persecución por ello. Mis hermanos me creyeron cobarde y la mujer a quien amaba me hirió más profundamente que el insulto porque no supo comprenderme en ese instante. Es difícil comprender, pero no tanto como para obstinarse en no intentarlo, y un mundo que amenazaba derrumbarse ofrecía un buen pretexto para eludir tan imperiosa obligación. Nadie comprendía. Una gota de agua no puede volverse contra la corriente del río y al cabo no es otra cosa que agua del mismo río. También yo tuve que plegarme a la locura universal. Pero no busqué la guerra.

UNA MUJER. — Tampoco la buscaron muchísimos otros.

NOÉ. — Menos de los que piensa. (*Arrastrando las palabras*). Fué una verdadera locura universal... (*Vuelve al tono normal*). Mi éxito mayor no ha sido escapar a la muerte sino a la insania de los hombres.

UNA MUJER. — (*Se sienta sobre el mismo trozo de mampostería que le servía de apoyo*). Se debe mucho a sí mismo. Acaso por eso se le dió la recompensa de vivir.

NOÉ. — ¿Recompensa? ¿De quién?

(*La mujer se encoge de hombros mientras mira furtivamente al cielo*).

—No achaque al azar una capacidad de juicio que no tiene. Soporto al azar con la misma resignación que a la Naturaleza.

UNA MUJER. — (*Con mansedumbre*). No pensaba en el azar.

NOÉ. — Sí, pensaba en él, sólo que lo pensaba usted con otro nombre.

UNA MUJER. — (*Conciliadora*). Demasiado complicado para mí. Pero permítame que vuelva al punto de partida. Yo le estaba interrogando; ¿le molesta mi curiosidad?

NOÉ. — De ninguna manera, si bien me parece inútil.

UNA MUJER. — Eso corre por mi cuenta. Me interesa usted y es lógico que quiera conocer algo de su vida.

NOÉ. — Su interés acaso me hubiera halagado en otro tiempo, no ahora; la falta de competencia quita brillantez al triunfo.

UNA MUJER. — Esta vez toca a mí corregirlo. No llame triunfo a lo que es una simple necesidad de comunicación; ¿podría interesarme la vida de otro si aparte de mí es usted el único viviente?

NOÉ. — ¿Es necesario que le interese la vida de alguien?

UNA MUJER. — Nunca me he preocupado de que fuera o no necesario, tampoco ahora, pero ya que me apura con una pregunta creo que puedo responder por la afirmativa. Si se obstinara en encerrarse en sí mismo mi situación sería la misma que la de antes de su llegada, y le aseguro que me han atormentado más unos meses de soledad que todos los horribles años de la guerra. Me acaba de ofrecer alimento y eso me ha alegrado mucho más que por satisfacer una necesidad urgente, por la posibilidad de entendernos que escondía su gesto. Lo mismo me alegré al reparar que hablaba mi propio idioma; si fuera extranjero mi alegría hubiera sido menor, aunque hubiera sido una alegría al fin.

NOÉ. — Zoón politicón.

UNA MUJER. — (*Guarda silencio, sorprendida, como esperando una continuación*). No le entiendo.

NOÉ. — Perdone, es un lastre difícil de echar por la borda. No hacía más que resumir sus propias palabras.

UNA MUJER. — ¿Y entonces?

NOÉ. — Concedo que pueda interesarle la vida de alguien.

UNA MUJER. — Concretamente la suya.

NOÉ. — Es que para usted mi vida es la vida de alguien, y la verdad, también lo es para mí. Todavía la sigo arrastrando, pegada, como la piel, pero siento que pronto tendré que desprenderme de ella como de esta ropa hecha pedazos; un poco más y podré hablar de mi propia vida como si fuera la de otro.

UNA MUJER. — Hábleme ahora, de usted mismo.

NOÉ. — (*Parece vacilar; luego se sienta a su lado, a alguna*

*distancia, sin mirarla*). Lamentaré desilusionarla. (*Pausa*). ¿Acaso yo no soy el resto de una desilusión? (*Pausa*). Cuando no existe un objetivo de antemano el tiro está fatalmente fallado, y yo apunté la vida con una gran carga de ilusión en el impulso. El blanco estaba siempre ante mi vista, pero siempre desaparecía en un escamoteo incesante, agotador, estúpido; tuvo que gastarse toda la fuerza del impulso para convencerme de que no había nada más allá de mis narices. Como ve, mi vida se resume en una imagen bélica; en última instancia no es más que un tiro fallado.

UNA MUJER. — Una vida es algo más que eso. Otras cosas debieron haber...

Noé. — (*Acalorándose paulatinamente*). ¡Oh sí! Se refiere usted al material biográfico específico, anécdotas, hechos, sí, los hay, los hay, y todos responden a un riguroso ciclo evolutivo. Hubo juegos en la infancia, amor en la juventud y una tremenda pasión intelectual. De agotar la fantasía en los juegos infantiles a gastar los sentimientos en el juego amoroso no hay más que un peldaño de diferencia y la falta de seriedad se vuelve pesada cuando se pasa insensiblemente al juego intelectual. ¡Ah los libros leídos, las palabras de los idolatrados maestros bebidas como el agua y la leche, el escozor de los grandes problemas y los últimos interrogantes! ¡Ah las noches pasadas iguales a los días en la presuntuosa tarea de entender... entender... entender! Puro fuego de artificio. Todos los fantasmas que poblaron mis sueños y desvelos no iban a ninguna parte, no conducían a nada; ¿A dónde iban a conducir? Un tiro fallado. Y para colmo, tuvo que llegar la última, la inefable desilusión, la guerra, la quiebra de mi fe en los destinos del hombre una vez perdida la confianza en los míos, y tuve que padecer la infinita estupidez desatada a borbotones hasta que llegó esta soledad, ¡mi soledad! y con ella la solución tanto tiempo anhelada, hay un sentido para todo: el sin sentido de todo. (*Pausa breve*). Una solución tan fácil me hubiera ahorrado esfuerzos a lo largo de mis días, pero al fin y al cabo, no ha llegado demasiado tarde, y lo que es mejor, ha llegado en una circunstancia excepcional, la de encontrarnos solos. (*La mujer demuestra no comprender con un gesto*). Antes de que despertara estuve contemplándola largo rato. Usted descubrió en mí al prójimo y yo descubrí en usted primero a la mujer... pero soy menos un hombre que un resentido y pocos instantes bastaron para madurar la decisión de marcharme de inmediato.

UNA MUJER. (*Casi provocativa*). ¿Qué le ha detenido?

Noé. — (*Vuelve al tono primero, impersonal*). Me sorprendió su despertar, sus primeras palabras...

UNA MUJER. — ¿La necesidad de comunicación tal vez?

NOÉ. — Tal vez, aunque en mí se ha dado de un modo diferente; quizá me haya halagado la posibilidad de encontrar un testigo para mi decisión, y por cierto que es ejemplar y viene muy al caso el que yo sienta la vanidad y la soberbia de mis actos. Esto es el hombre. Y yo soy el hombre.

UNA MUJER. — ¡Un hombre!

NOÉ. — ¡El hombre! Da lo mismo uno que un millón. Un rostro y un temperamento calan menos de lo que parece a primera vista, y hace falta cierta distancia para ver que millones de hombres no son más que uno solo puesto frente a un juego de espejos. Yo soy el hombre. Usted es la mujer. ¡Y tenía el hombre que encontrarse con la mujer!

UNA MUJER. — Fué un encuentro casual.

NOÉ. — Sin duda, pero hay alguien que sacaría provecho de esta casualidad si no me hubiera propuesto negarme a sus designios.

UNA MUJER. — Nadie hay además de nosotros.

NOÉ. — Está la Naturaleza.

UNA MUJER. — Es la segunda vez que la menciona.

NOÉ. — Y lo haría cien veces más. Es la vencedora, la gran vencedora; un verdadero dios, indiferente, poderoso, cruel, magnánimo, incomprensible, un dios en fin al que rendiría culto si hubiera tenido la suerte de leer la última página de su libro. No me ha quedado sino soportarla, y ahora, por esta feliz casualidad, quebrantarla con mi esfuerzo. Estamos solos, aparentemente solos. ¿Ve usted lo que hay detrás suyo?

UNA MUJER. — (*Visiblemente consternada, sin girar la cabeza*). Lo conozco de sobra; algo que fué una ciudad.

NOÉ. — Una ciudad mil veces edificada y mil veces destruída, una historia monótona, la verdad, y de una monotonía irremisible. Ahora yace recogida sobre sus propias ruinas como un monstruo prehistórico destrozado por los accidentes del clima. Pero una ciudad es todavía algo más que un monstruo, y si otros hombres vinieran le darían vida de nuevo amasando sus mismos huesos, metiendo en su organismo la misma sangre de otras veces, alimentando sus calles, sus palacios, sus fábricas, sus tugurios con los mismos sueños, los mismos dolores, los mismos trabajos, las mismas falaces alegrías de siempre. Si pudiera, volvería a repetirse millones de veces. Y puede. El azar ofrece la gran ocasión y la naturaleza la condimenta con la hermosa trampa de siempre; la suerte futura del hombre está puesta en juego en una hermosa trampa, ¿no lo ha pensado usted?

UNA MUJER. — Ya sabe que pensar no es mi fuerte; no lo fué antes ni tiene por qué serlo ahora frente a problemas que

me son del todo indiferentes. Acepto su preocupación por cuanto supongo la mucha amargura que se esconde en ella, pero excúseme de pensar. Tengo una circunstancia inmediata que atender: vivir; sólo sé que vivo aunque desconozco por qué motivo he mantenido esa voluntad de vivir. Usted en cambio está agobiado por extrañas preocupaciones; créame que siempre he admirado a los hombres capaces de atender las cosas que a la mayoría despreocupa, pero ahora me inclina más a la compasión. Debe haber sufrido mucho...

NOÉ. — (*La interrumpe*). Sigo sufriendo.

UNA MUJER. — ¿Le calmará en algo la partida?

NOÉ. — Para esto da lo mismo que me vaya o me quede; no se trata de mí ni de Vd., se trata del hombre. ¿Oyó la explosión de hace unos minutos?

UNA MUJER. — Es cosa de cada momento.

NOÉ. — Explosiones todavía. Es muy oportuno; ojalá oiga explosiones hasta el fin de mis días. Cada una me taladra los oídos desgranándose en palabras terribles; las oigo, sí, estoy seguro que las oigo, y siempre me dicen lo mismo: ¡acuérdate del hombre!, ¡acuérdate del hombre!

UNA MUJER. — ¿Es que se acordará el hombre de Vd?

NOÉ. — Hago esto para que se pierda su memoria.

UNA MUJER. — Está lleno de odio.

NOÉ. — Es que estuve lleno de amor.

UNA MUJER. — Por un momento creí que todavía lo estuviera; se mostró como un amigo.

NOÉ. — Nada tengo contra Vd.

UNA MUJER. — Pero está dispuesto a abandonarme.

NOÉ. — Nada tengo a su favor.

UNA MUJER. — (*Con despecho*). Y sin embargo me dió alimento de su propia mano; ¡pero sí!, entiendo, alimentaba a su testigo. Tenía razón, empieza Vd. a desilusionarme.

NOÉ. — Se lo advertí. (*Se adelanta y hace ademán de retirarse*).

UNA MUJER. — ¿Tanto le molesta mi desilusión?

(*Noé la mira largo rato sin pronunciar palabra; vuelve luego las espaldas y da algunos pasos*).

— ¡Por favor!

(*Noé se detiene y la mira de nuevo*).

— Cuando vuelva a mi refugio no sabré si todo esto ha sido realidad. Ahora mismo dudo que lo sea. ¡Ha sido tan inesperado, ha sucedido tan rápidamente! ¿No será todo esto un absurdo? No quiero admitir la idea de que sea un absurdo, de que este encuentro sea un encuentro descabellado, de que Vd... Pero no, ya que se obstina en partir, ya que la separación parece irreme-

diable, es mejor no formarse ninguna idea, dejar que este encuentro y esta separación queden como ahora, completamente inexplicables para mí; al fin y al cabo será un buen material para mi exceso de imaginación, y sin duda pronto tomaré todo por un sueño, el primero después de tantos años, el sueño del viajero inesperado que aparece y desaparece en un punto. (*Pausa breve*). ¿Tendré que soñar también el nombre del viajero?

NOÉ. (*Vacila un instante*). Noé.

UNA MUJER. — (*Con dulzura*). ¡Noé! Es un nombre muy especial; suena como un diminutivo cariñoso. Me será fácil recordarlo.

NOÉ. — El recuerdo es una fatigosa compañía.

UNA MUJER. — Compañía al fin y no siempre fatigosa como asegura; cientos de recuerdos me han ayudado a soportar la soledad, y tienen la increíble virtud de ser fieles.

NOÉ. — ¿Es que podrían no serlo?

UNA MUJER. — Me importa sólo que lo sean.

NOÉ. — Le cedo entonces el recuerdo de mi nombre, le servirá más que a mí.

UNA MUJER. — Seré testigo de su generosidad ya que lo soy de su esfuerzo.

NOÉ. — Hay cierta seriedad en su burla.

UNA MUJER. — (*Catagórica*). Diga más bien que hay burla en mi seriedad.

NOÉ. — Cuestión de palabras.

UNA MUJER. — ¡Es Vd. tan afecto a ellas!

NOÉ. — Algo más para recordar.

UNA MUJER. — Para contar tal vez. No es enteramente seguro que seamos los únicos sobrevivientes y pudieran aparecer otros hombres con menos odio y menos apuro que los suyos. Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta.

NOÉ. — (*Con voz apagada*). Lo es, desgraciadamente, pero lo es sólo para Vd.; siga creyendo en ella que eso también le ayudará a vivir.

UNA MUJER. — (*Provocativa*). No sé por qué no lo toma Vd. en cuenta; ¿o es que tiene miedo de que su esfuerzo resulte inútil?

NOÉ. — (*Con el mismo tono anterior*). Se tiene miedo de algo o a alguien, y un vago concepto de utilidad no es ni una ni otra cosa para mí. Se me ofrece esta única posibilidad y yo quiero realizarla. La aparición de otros hombres acaso volverá ridículo todo esto, pero será ridículo para ellos porque ellos son naturalmente ridículos.

UNA MUJER. — *(Incisiva)*. ¡Vd. es el hombre!

*(Noé gira violentamente sobre sí mismo e inicia la marcha. Con sincera emoción)*. ¡Noé!

*(Noé se detiene en el momento preciso en que se oye una explosión más cercana que la anterior y echa a correr. La mujer lo sigue con la vista largo rato, hasta que vuelve la espalda y se aleja lentamente, con los brazos flácidos, como muertos)*.

TELON

ADOLFO PRIETO



## PLACIDO

El 28 de junio de 1844 fué fusilado en la ciudad de Matanzas, como complicado en la llamada Conspiración de la Escalera, un mulato peínetero, versificador a sueldo en bautizos, bodas y festejos, cuyo nombre civil era Gabriel de la Concepción Valdés.

Para los argentinos, no es un nombre muy conocido: —¡Cuba queda espiritualmente tanto más lejos que Europa!— Y, sin embargo, es parte de este destino de América que forzosamente compartimos. De este destino de América, que un día estuvo lleno de optimista elocuencia, y que hoy nos parece tan desordenado y triste, cargado de realidades que basta nombrar para sentirnos en una encrucijada, que más parece continuar la ruptura con la cultura occidental hacia un callejón de revueltas sin salidas, que promesa de un nuevo mundo. Cuba es un lugar tan lejano en el mapa; y Gabriel de la Concepción Valdés un nombre casi desconocido para los argentinos...

Sin embargo, en una poesía de Rafael Obligado, unida a nuestra niñez como esos jirones de canciones y recuerdos de juegos que ya nadie canta ni juega, se le hace un envío. A pocos, salvo a las antologías, les preocupa hoy el valor literario de las poesías de don Rafael. Van unidas a una sonrisa reminiscente, y tal vez no es posible evitar el salirse recitando alguna décima redonda.

No sé si todos habrán olvidado aquella poesía que supo dar trabajo a los filólogos. ¿Recuerdan?: “Tu flor de la caña. — Oh Plácido amigo...”

Eso es, y casi nada más, Gabriel de la Concepción Valdés para los argentinos. Parte de un recuerdo casi elegíaco.

Para los cubanos, es mucho más. Es, cerca de Martí, parte de una tradición de lucha por la libertad; por las libertades, si esta forma de usar la designación les parece menos gastada y menos vaciada de contenido. Es parte, sin retórica, de un martirologio civil formado por aquéllos que creyeron, quizás un poco ingenuamente, en que se podía mejorar la condición de los hombres.

En esta época nuestra, demasiado complicada en sus caminos de lucha, y en la que parece tantas veces cierto que las buenas intenciones empiedran los caminos del infierno, es bueno refugiarse de cuando en cuando en aquellos tiempos simples que

proponían ejemplos a la humanidad, y en los que sus mejores hombres creían que bastaba asegurar a los pueblos el derecho para disponer de su destino, para que se llegase a racionales y nobles tiempos.

Hoy Cuba vive parte de su endémico drama. En momentos en que se exalta oficialmente la figura de Martí, cuya noble bandera ha sido tan utilizada para encubrir todas las mercaderías, vaya a Cuba este envío, más dolorido que el de Obligado, aún en los límites de una nota. Vaya a Cuba el recuerdo de Plácido, figura humilde y oscura, sin la visión, ni el valor, ni la conciencia de sus actos que tuvo el héroe cubano, pero cuya vida y muerte están en las tablas de sus ideas. Vaya, sí, en su misma humildad, para eludir de algún modo el patrocinio oficial, y diríjase, por debajo (o por arriba de los gobiernos) a la Cuba Libre y fiel al ideario martiano.

Plácido era un mulato nacido en La Habana, en el año 1809. Cuba no era todavía libre. Hijo natural, pobre, y sin otras letras que las casi imprescindibles, se ganaba la vida como obrero del carey, ayudándose como improvisador de circunstancias.

Un amor desdichado, el de la llorada negra Fela, completaba su estirpe romántica. La mayor parte de sus versos no son apenas dignos del recuerdo, fabricados, como están, para las circunstancias, y aun algunos, viciados de la escasísima cultura del autor, lindan con el disparate, no sólo estético, sino también gramatical. Con todo aún recitan en Cuba algunos de sus poemas de dolorido amor:

“...mi suerte,  
mi crecido dolor y mi quebranto,  
mi terrible aflicción y pena fuerte  
por el perdido bien que adoré tanto,  
sólo puede aliviarse con la muerte”.

Y se recuerdan, ya que no se recitan, pues las circunstancias no lo permiten, aquellas décimas que fueron parte de su proceso final:

“Esc cometa que veis  
en el Sud con grande cola,  
anuncia una batahola  
que en vano la evitaréis.  
Es bueno que os preparéis,  
muchachos, y oíd mi voz,  
porque de esa estrella en pos  
ha de sonar la trompeta,  
y nos llevará el cometa  
si no lo remeda Dios”.

El general O'Donnell ordenó su muerte, como presunto par-

ticipante en la Conspiración de la Escalera; movimiento revolucionario atribuido a los negros y mestizos contra la raza blanca, y aplastado en sangre para “ahogar la semilla de la insurrección”, como “medio prudente para la conservación de la Isla”, según aseguraba el proceso.

Plácido compuso, ya en la cárcel, cuatro poemas famosos: “Despedida a mi madre”, “La Fatalidad”, “Adiós a mi lira” y “Plegaria a Dios” que, según la tradición, recitara camino del suplicio.

Los cubanos, enredados hoy en luchas más complejas que las de la independencia, recuerdan a Plácido como mártir de la libertad, y víctima de la intolerancia, de los hombres fuertes y más o menos providenciales y del poder incontrolado.

Aunque a los hombres de 1953 no nos parecen las cosas tan simples, y hemos aprendido, generalmente a nuestra costa, que la realidad y la verdad son muy complejas, sin soluciones rápidas ni fáciles, también hemos aprendido que la libertad es requisito imprescindible para cualquier fórmula de convivencia humana. Esa libertad, también tan compleja y tan difícil de practicar total y realmente. Por eso, a través del recuerdo del humilde poeta asesinado, y en este año de Martí, debemos repetir el grito que hace cincuenta años resonaba en las calles de Buenos Aires, pero sabiendo que no es un exaltado grito tan sólo, sino una digna carga del hombre: ¡Viva la Libertad! ¡Viva Cuba libre!

ISMAEL VIÑAS.

## SAN MARTIN Y VIAMONTE

"DESDE ESTA CARNE", de Valentín Fernando (Editorial Sudamericana).

Valentín Fernando, como tantos otros escritores de nuestro país, se ha abocado a la necesidad de determinar, tácitamente, al habitante de Buenos Aires, al "porteño", de convivir con él, de asirlo. Actitud que se convierte en método para alcanzar una realidad que se le escapa: la ciudad misma.

Pero como no puede existir, en la inmensa conglomeración de nuestra ciudad, la entidad "porteño" como individuo específico, puro, se encuentra obligado a crearlo; extrae de la apariencia total de Buenos Aires ciertas cualidades predominantes, esenciales y confecciona con ella al porteño literario, módulo de la realidad que busca.

Este porteño tipo, resulta (casi por tendencia general) un individuo callado, taciturno, sensible, desencajado en un país que ama pero que no puede manejar, que lo alimenta y a su vez lo aniquila. Es el hombre perdido en una soledad de la que no puede desprenderse, ni alabar, transformado ya en ella misma.

Al determinar así al porteño, descendiente ineludible del héroe de nuestro folklore, se manifiesta la feroz urgencia de nacionalidad, de antecedentes, de ser uno mismo y no otro cualquiera. De sentirse ligado a la tierra que lo produce aunque sea una tierra sin recursos.

Es un hombre que se ha alejado de la naturaleza, que ha perdido la soledad bárbara reemplazándola con una soledad ciudadana, que es desvinculación, que es timidez. Ha perdido la naturalidad y busca afanosamente la acomodación (proceso mimético), el acuerdo entre él y su mundo. Y a este acuerdo lo llama felicidad. Pero esquivo una actitud desnudamente vital, una actitud profundamente angustiada, una actitud friamente crítica. Está en transición. Es el hombre que trata de rebelarse, paradójicamente, para adaptarse, para ser devoto, para guardar la fe. Y vive en expectativa, doliéndose.

Este hombre puede pertenecer a la burguesía como es el caso de Víctor, el personaje de Valentín Fernando; conoce sus mal asimilados poetas y reacciona contra las representaciones de clase que rodean: la "aristocracia" y la masa (oscura y valiosísima) de los bajos fondos. Estas representaciones de clase son también tipos literarios, mitos, para ubicar a este porteño.

Este es el planteamiento de Valentín Fernando. Estos son los esquemas no siempre veraces que utiliza. Pero si reaccionamos contra ellos no es porque exigimos veracidad, sino porque buscamos autenticidad.

Esta autenticidad se escapa por una rara presunción de la que los escritores argentinos no quieren liberarse: creen, en definitiva, que el hombre serio es el más importante. Y se manejan con esquemas, no se areven a cometer otros pecados que los tradicionales, recurren a los mismos planteos y soluciones. Así creen en una burguesía, en una aristocracia, en unos bajos fondos como entidades inamovibles. Quieren exorcizarlos y sin embargo los aman, los alimentan constantemente. Han creado una desolación de la que no pueden desprenderse. Y es una desolación sin desmesura, sin grandes arrebatos, sin grandes ademanes. Es una desolación con dignidad, de seres fastuosos, con solemnes inhibiciones.

Por eso nuestras novelas, como la de Valentín Fernando, pecan por engoladas. Se parte con buenas intenciones, pero cuando se crea a los personajes, se los deforma lamentablemente, se los hincha, se los desnaturaliza. Se buscan actitudes enrevesadas, forzando los acontecimientos. O bien, lo que es más penoso la absoluta vulgaridad.

Valentín Fernando es hábil narrador, maneja su oficio con sobriedad, pero un novelista es más que eso. Fracasa en los diálogos, en la psicología individual, en las situaciones.

Veamos: La primera parte de la novela, la más lograda, alcanza en la construcción del ámbito una fuerza trágica (recordamos el mundo de Arlt) intensamente sugestiva, viril. Es la historia de las sombras: la caminata inicial, el robo, la niñez. Ambito cerrado, recortado con dureza, preciso.

Pero tanto las situaciones como los personajes son incoherentes: ladrones improvisados que en plena acción dialogan con toda comodidad y rien "estrepitosamente" (al exteriorizar la carga anímica en diálogos, para que el lector conozca la situación y sus intereses, la acción se obstaculiza y falsea).

En el resto de la novela el realismo se desfigura aun más: como el autor busca, evidentemente, lo nacional, tiene que ordenar el Buenos Aires de apariencia en el cual vivimos. Por eso se maneja con las representaciones de clase antes mencionadas: por fuerza de la época debe rechazar al mundo aristocrático, debe rechazar a la burguesía, debe creer en el pueblo. Pero las abstracciones que hace de ellas son forzadas, excedidas, herméticas.

Los personajes son seres vulgares, de sentimientos y recursos comunes, que exageran también una pretendida angustia. Pola-Victor viven con una sola idea, más que idea sensación: la imposibilidad de realizar la vida según la vaga intuición de sus espíritus, en último término, de alcanzar la felicidad. No tienen lógicamente ni una actitud crítica, ni conocen la intensidad de la angustia verdadera, ni pueden transformar esta sensación en pensamiento, en idea propia. Apenas balbucean estados generales de un espíritu en formación. Están empañados en el primer momento de la inteligencia, pueden adivinar su incapacidad pero apenas la determinan, más bien la hacen mística.

Pola es el personaje más trabajado y aparentemente el de psicología más rica. Trata de hacer lícita su doble e inútil existencia. Vive entre dos mundos (una aristocracia velada, donde son posibles los viajes a Europa y el hastío y la atrayente aventura del bajo fondo, donde por un inconveniente de dinero es posible matar con revólver silenciado y desaparecer). Vive sin desprenderse, creyendo que es inútil la evasión; despreciando a uno y a otro mundo, evitando la dominación de sus habitantes (hombres sin escrúpulos a quienes maneja elevando la voz y con un "no te metás").

Está familiarizada con su vida de rechazo, a esquivar la grandeza de la vida y se complace y trata de engrandecerse, de rodearse de misterio.

Lo falso de este personaje, en última instancia, radica no tanto en la esfera psicológica como en su realización: personaje inventado groseramente; el autor creyó en él y lo quiso complicado, tratando de enriquecerlo con todos los atributos de la disconformidad social. Pero no está hecho para conmover, no tiene demasiada alma para ser una bestia o un ángel. (Es apenas una intención que pertenece a la psico-fisiología).

Victor es una reconstrucción más afortunada, quizá porque nos introduce en su intimidad. Usa un lenguaje literario y sus crisis son de proporciones literarias, monocordes, inútilmente extendidas. Sin embargo guarda algo de humanidad: junta lo percedero a la esperanza.

Victor, el hombre de Buenos Aires, el porteño, diferenciándose desde la niñez de sus hermanos alegres, chocando con la institución de su hogar

*debe abandonar todos los bienes heredados para construir él solo su destino. No es reacio a la entidad familia, pues desea que a partir de él surja una nueva tradición, pero donde se halle plenamente identificado, donde su espíritu puede instalarse. Así surge el símbolo de Ana, contraponiéndose a todas las debilidades en las que este hombre haya podido caer. Ana es el ser intermedio, la transfiguración de la posible redención en mujer. Camino de salvación al que se asirá Víctor.*

*Los otros personajes (el Santo - el Chinchudo - el Flaco) individuos del bajo fondo, son generalidades. Sus designios se cumplen sin la intervención de la inteligencia, son circunstancias, hechos fortuitos, sin la concreción dramática y oscura de sus posibilidades.*

*Los judíos representan, tal vez, una esfera superior que roza Víctor sin poseerla jamás; donde se insiste con la idea de fe, de interés espiritual, de salvación.*

*Por último, el padre. El padre es la burguesía; como personaje no quiere ser más que un esquema, donde se aúnan todos los prejuicios, la ignorancia, la frialdad de espíritu. Por eso, cuando la escena se realiza con su intervención, se pierde todo contacto con la naturalidad y se acerca al melodrama (por ejemplo, cuando el padre hecha al hijo del hogar).*

*Lo que más emociona en esta novela, sin eliminar todo el elemento sentimental que encierra, es la imagen de los patios de la niñez. Un ámbito poético, con una carga emotiva que trasciende y se afianza en la imaginación del lector.*

*Y es interesante observar que la niñez (esa inhibición tan característica en nuestra literatura, esa voluntad casi siempre fallida de espacio, de auto-dominio) es lo más acertado en esta novela, lo más genuino, lo más asido; pareciera que es un símbolo de nuestra realidad total, que fuésemos solamente eso.*

ADELAIDA CICLI.

# PERIFERIA

*En torno a ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION (1)*

*Dos comentarios*

A menudo, cuando rastreamos entre los libros de autores americanos, los maestros que no conocimos y llevamos el interés propio a tales presentaciones, a menudo salimos defraudados.

América es fecunda en maestros. A ellos debimos conocerles en la cátedra, donde el ejemplo de sus vidas, la formación y el caudal de sus ideas, lo que esculpieron en el rostro y hablaron a sus discípulos, se muestra bien viril y bien rico.

En los ensayos, en los libros —concebidos la mayoría de las veces como un nuevo instrumento en medio de la contienda— esbozan problemas de su tiempo que son los nuestros y que, agigantada la minoría intelectual, gimen en todas partes.

Esto da una extraña sensación de vejez, impresa en ellos o renovada en nosotros; o bien de genialidad en ellos y pobreza nuestra, en la que el novísimo temario es el resurgir de utopías que no han llegado a ser anacrónicas.

Similares preocupaciones e idénticos remedios, renovados problemas que nos inundan de americanismos y en los que en algún momento nos sentimos pioneros.

Expresión de América, la visión de siempre que quizá sea ya expresión en esta búsqueda.

Búsqueda en las dos dimensiones del tiempo, hacia el futuro, y hacia un pasado todavía no aquietado.

Bien dice Leopoldo Zea,\* mientras Europa discute su futuro, nosotros en Hispano-América, tenemos que seguir discutiendo nuestro pasado.

Hemos vivido a la deriva de problemas propios y ajenos. Afincados en un extenso territorio, con un mundo histórico recién nacido y colonial. Recibimos el sello de un país que vivía su siglo de oro y que llevaba en sí los gérmenes de su futura disolución.

Absorbimos sistemas y doctrinas que alimentaron nuestra independencia, planteamos una temática madura colmada de galicismos pero que nos daría el punto de apoyo para superar la sociedad colonial. Y detrás de todo ello la utopía. ¿dónde encontrarían asilo? — el diario camino de mejoramiento constante, el designio de la libertad nutriendo la tierra.

Más allá del tiempo cronológico, estos momentos han sido registrados, acumulados pero no asimilados.

No se han agotado ni las etapas, ni las causas, ni la circunstancia peculiar de cada una de ellas. En las conciencias y en las crisis sucesivas, continúan frescas las polémicas de cada temario ideológico.

Todo lo no vivido se niega a morir como presente y llama y se despierta

(1) P. Henríquez Ureña: Ensayos en busca de nuestra expresión. Ed. Raigal. Es. As., 1952.

\* Leopoldo Zea: Dos etapas en el pensamiento hispanoamericano.



cada vez que se hace necesario un juicio, una decisión, una actitud.

Además, profundizando el estudio de la vida y las costumbres de las gentes y los pueblos, se descubren junto con mil diferentes características las lacras (lo más doloroso) del pasado, proyectándose en el presente, simuladas, cambiadas, transformadas, pero vivas y en ejercicio.

El libro de L. Zea es muy ilustrativo al respecto, en dos etapas: el romanticismo y el positivismo.

De él extraemos: "...aún debemos defender a un Juárez, a un Sarmiento, contra las vivas y latentes fuerzas que hacen posibles los actuales defensores de pasados privilegios o los nuevos Rosas".

En el primero de los ensayos que publicó la editorial Raigal, Henríquez Ureña afirma que es el espíritu quien nos ha salvado en cada una de las crisis de civilización, el espíritu sólo y en las manos de aquellos maestros como Sarmiento que no "deseó más que dejar por herencia, millares de seres en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado el país, aseguradas las instituciones, surcado de vías férreas el territorio, cubierto de vapores los ríos". Como Hostos, a quien Ureña llama, el ciudadano de América. Amante de la justicia y la libertad, murió de "asfixia moral", reconoció en la América a su patria y, habiendo nacido en las Antillas, fué de país en país, "en una cruzada de libertad, enseñando a pensar a América". Inmerso en preocupaciones humanas y militante en la razón, tiñe todas sus conclusiones de un sentido ético racional. Según Hostos el hombre y la civilización se elevarán por el desarrollo del espíritu, por el aumento de la conciencia, "hasta penetrar en la esencia del mundo, que no está por encima del conocimiento humano".

Como Martí, "que sacrificó al escritor que había en él, al amor y al deber". En este brevísimo ensayo, Ureña indica la necesaria contribución de la Argentina, para completar la obra de Martí.

Como José Enrique Rodó, "que educa en sus libros, es el primero quizá que entre nosotros influye, con sólo, la palabra escrita". A través de una incursión por el evolucionismo, Ureña presenta la evolución creadora de Bergson presidiendo *Los motivos de Proteo*.

Aquí encuentra Henríquez Ureña rico materia para sus observaciones, destaca al "eticista", que extrae de su propia personalidad, las verdades dables al mundo.

El conjunto de los ensayos dedicados a cada uno de los maestros citados, abarca la segunda parte del libro, cuyo epígrafe es *Figuras*.

Se agrega a la lista de los citados nombres el de don Juan Ruiz de Alarcón, dramaturgo mejicano del siglo XVII, que vivió en España buena parte de su vida. Alarcón crea la comedia de costumbres y caracteres, mezcla en ella el ambiente de la España de su tiempo a la observación aguda, breve, imprevista del mejicano.

En un esbozo incompleto de literatura mejicana, se ocupa de Enrique González Martínez. Destaca a Alfonso Reyes como poeta, y finalmente hace referencia a su conocimiento de Héctor Ripa Alberdi.

Estos ensayos en su mayoría escuetos, salen de cada página rodeados del cariño, y nutridos de la intención, que anula alto la meta de los espíritus similares.

Dejamos un hilo pendiente al referirnos a los ensayos que abarcan la primera parte del libro titulada *Orientaciones*.

América, unificada su historia, sus propósitos políticos e intelectuales —económicos, me atrevo a añadir— constituida en realidad la magna patria, llegará a la visión del hombre "completo de Hostos, del hombre universal

que en el ámbito y en la profundidad de sus más diversos matices, aprenderá su voz". "Nunca la uniformidad ideal de imperialismo estériles, sí la unidad".

Ureña a través de esta idea pone el acento en la justicia; la magna patria ha de unirse para la justicia, pues ella está "antes que el ideal de cultura".

La utopía es en toda instancia, trabajo, es un reconocimiento sobre la marcha, obliga ella al hombre a poner entre paréntesis el mundo en que vive y ver un momento, intuir, fenomenología de nuestro destino, de nuestra expresión.

En ensayos sucesivos, se ocupa el autor de la originalidad de América respecto de España, del problema del idioma, del afán europeizante, de la energía nativa, de la independencia literaria, de los caminos de nuestra historia literaria, apuntes sobre la novela en América, hacia el nuevo teatro y de la cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.

Luego de haber leído el libro, publicado por Raigal, creemos que debiera moderarse el afán de recopilación minuciosa, al que se sacrifica el interés de una obra como ésta.

Alguno de estos ensayos tienen el valor que le es reconocido al maestro, pero quizá no perduran por su propia vida.

A. A. GOUTMAN

*En la colección Nuestra América reedita Raigal —con agregados anteriores y posteriores— aquel tomito de P. H. Ureña "Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión" ahora con el título del epígrafe. Al comienzo las palabras pronunciadas por Alfonso Reyes y E. Martínez Estrada con motivo de la muerte del autor.*

*El libro, dividido en dos partes bajo los títulos generales de I, Orientaciones, y II, Figuras, reúne una serie de artículos y conferencias publicados ya en distintas revistas.*

*Todos los trabajos, incluyendo algunos que son de circunstancia (suponemos que su publicación se hizo con el objeto de dar a conocer la amplitud de la labor escrita de Ureña) denuncian la capacidad del crítico y la cultura sin limitaciones de este hombre que tanto hizo por el conocimiento exacto, "implacable en la verdad", de nuestro pasado literario. Destacaremos los definitivos y aquellos que constituyen hoy materia útil para nuestros problemas.*

*En "El Descontento y la Promesa" estudia, haciendo su historia, la serie de proclamas de nuestros creadores afirmando la necesidad de lograr una expresión propia frente a Europa. Pasa revista a las palabras de Bello en la primera de las "Silvas"; luego de él, Olmedo y Heredia. Durante el romanticismo, Lizardi, Hidalgo y Echeverría, que reclamaba "no sólo la independencia política, sino la literaria y además la filosófica"; por fin, el modernismo que "si toma sus ejemplos de Europa piensa en América". Luego analiza los argumentos de las dos facciones que todavía hoy prosiguen sus inútiles discusiones: los hispanizantes y los europeizantes, criticándolos con justeza. Este anhelo de originalidad, comenta, desconocido por los antiguos nace con el romanticismo; plantea el problema de la imposibilidad de lograr total independencia en lo literario porque una lengua "es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en ella se escribe se baña en el color de su cristal"; refiriéndose así a nuestra identidad idiomática con España. Examina las fórmulas de americanismo propuestas para lograr nuestra expresión en literatura: la naturaleza, el primitivo ha-*

bitante ("nuestra interpretación del indio ha sido caprichosa"), el criollo. En nuestra ubicación con respecto a la historia europea afirma: "...pertenece-mos a la Rumania y sólo sus acontecimientos han influido en nosotros: el descubrimiento (acontecimiento español), el Renacimiento, italiano; la Revolución, francesa. No tenemos relación directa con la Reforma, ni con la evolución institucional inglesa". Finaliza diciendo "no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansias de perfección". El creador debe despojarse de una buena vez de este deseo de ser americano. No es proponiéndoselo de antemano como ha de lograrlo. La obra de arte debe nacer limpia de toda finalidad ulterior, ella es un fin en sí misma, no un medio para el pasquinismo social, racial, o político. (Pensemos si no en los lamentables cantos de Neruda a Stalingrado o en los poemas al fuehrer de algunos "artistas" de Alemania nazi).

En "Caminos de Nuestra Historia Literaria" reúne unas notas metodológicas para la ejecución de una posible historia de la literatura de América española. "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable. Dejar de lado a los mediocres... La historia debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó".

"Don Juan Ruiz de Alarcón", conferencia donde estudió en forma cuidada como hasta ese momento no se había hecho (1913), la figura del creador mejicano insistiendo en destacar sus características frente a los de su siglo: Lope, Calderón y Tirso. En meditadas páginas apunta sus dones (muchos de ellos ya señalados por D. Marcelino en "Calderón y su Teatro"); la observación, la creación de la comedia de costumbres, la creación de caracteres; estudia, además, y esto es lo importante de sus observaciones, su concepto del honor, de la vida social, del amor, de la mujer.

Pocos de los trabajos tan demostrativos de su capacidad lógica para organizar y sintetizar como el dedicado a José Enrique Rodó. Estudia toda su obra a partir del famoso artículo "El que vendrá", pasando por el ensayo sobre Darío, "Ariel" y finalmente "Motivos de Proteo". Lo ubica entre los maestros de América, "...el primero, quizá, que entre nosotros influye con solo la palabra escrita". Su vocación de maestro se define en "Ariel", y "Motivos" es su obra fundamental. Destaca luego el concepto de evolución y lo estudia a través de Hegel, Spencer hasta llegar a Boutroux, cuya noción de necesidad analiza y demuele; Bergson por fin formula la teoría de la evolución creadora. "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la evolución creadora con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La persistencia indefinida de la educación: he ahí la verdad que no debe olvidarse". Notemos que las ideas fundamentales de Rodó con respecto a la vida espiritual ya fueron formuladas, y con amplitud insuperable, por Goethe. (Cfr. los dos primeros capítulos de la obra de Simmel dedicados al autor de "Ifigenia").

Notemos luego unas páginas sobre Hostos, Martí, Sarmiento; un simpático análisis de Alfonso Reyes como poeta; emocionadas palabras referentes a Héctor Ripa Alberdi; el conocido estudio sobre la novela en América española, y el incitador trabajo sobre los ensayos de nuevo teatro en Europa y América.

A través de toda la obra y en muchos de sus artículos (aún en los títulos "La América Española y su Originalidad") evidencia el autor una preocupación esencial. En uno de ellos afirma: "El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica, junto

con la negación de toda doctrina retórica, de toda fe en "las reglas del arte" como clave de la creación estética, y más adelante: "Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulie no sabemos qué inminente diluvio". La verdad es que no se nos explica la razón de esa "urgencia" que al parecer está también en el ánimo del autor. Notamos en él la necesidad de encontrar un valor cultural autónomo a lo nacido en hispanoamérica. Se trate de literatura o pintura o música, hay una desesperación casi romántica por encontrar producciones autóctonas que nos ubiquen en el concierto de la cultura occidental con caracteres propios. Por una parte lo genuino, por otra lo que posee valor. Henríquez Ureña pareciera (como todos nosotros), sentirse extraño en América y ajeno en Europa a pesar de que sabía y conocía tanto de ambas y se las había incorporado como pocos. Su duda es explicable y su ansiedad también. Cada americano honrado con su destino, llega a un momento de la vida en el que el problema de la presencia del contorno y su actitud ante él se le presenta en forma de irremisible dramatismo. La mayoría nos desvivimos de la manera más conocida; nos sumergimos en el mundo cultural europeo, vivimos años en él, aprendemos sus idiomas, leemos sus libros, nos incorporamos su actividad intelectual. (Aún esto no nos está a todos permitido. Nuestra preparación y nuestros conocimientos se nos antojan pronto enanos frente a la preparación ciclópea de un intelectual europeo). Poseedores hasta de sus métodos críticos nos los aplicamos a nuestro mundo, y volvemos aquí (irse es otra forma para vivir allá, en el mundo de la seguridad) y seguimos siendo habitantes de Europa. Aquí tratamos por todos los medios de tenerla presente y olvidar esta realidad molesta e ininteligible de la cual somos hijos, pero es inevitable el nacer de la duda que nos dice que escapamos de algo.

Si pensamos que sólo en este siglo América comienza a intervenir en la historia de Occidente en forma activa (esto es, que ahora vilumbramos la posibilidad de enriquecer de alguna forma su patrimonio de ideas), si pensamos que los frutos más ricos y fecundos de la cultura y el pensamiento europeos habrían llegado donde están sin nuestra presencia, es razonable la desazón de Ureña y de muchos de nosotros, porque esto significa que nuestra existencia como entidad histórica nada ha tenido que ver con la estructuración de los valores más altos hacia los cuales tendemos. Que esos valores no nos pertenecen. La fractura se debe a que nos hemos visto incorporados a la historia de un mundo en el cual, en lo más importante y decisivo, no tenemos parte. De allí el sentimiento de nuestra carencia de funciones y por lo tanto de valores dentro de ese orbe al que algún día sustuiremos. Y esto explica por otra parte esa urgencia en lograr muestra y pruebas de que no es así. Pero lo más trágico, es que la historia de ese mundo y sus valores nos los enfundamos (como adoptamos sus vestimentas), negando y dejando de lado una historia que podríamos haber construido con nuestras manos. (No juzgamos a los acontecimientos por lo que podría haber sucedido. Sólo anotamos un hecho).

El hombre de América, como afirma Ureña, "tiene derecho a todos los beneficios de la cultura occidental", pero la única forma de dar sentido a su existencia es utilizar todos esos beneficios como elementos para lograr cabal sentido de sí y de su pasado. Y si reconocemos con Weininger que la más alta aptitud del hombre es la de tener conciencia de sí y del mundo, llegaremos a la conclusión de que lo más imperdonable de todo es que día a día ejecutamos una especie de suicidio espiritual negándonos a saber qué somos y cómo somos. Sólo con honradez, con silenciosa fe en la humana

*inteligencia alcanzaremos la verdad. Ella es la única senda posible para hacernos un destino.*

RODOLFO A. BORELLO

GEORGE SANTAYANA

Como Gide, Santayana representaba, en nuestro tiempo, la afirmación clara y conmovedora de los valores humanos. A diferencia de la fe en el progreso que nos ha conducido a una final y desoladora decepción y del absolutismo de la ética inteligible que el pensamiento moderno heredó de Kant, Santayana insufló en la Nueva Inglaterra puritana un hálito de cálido paganismo mediterráneo. Su filosofía fué, sobre todas las cosas, una estética. Su método: la contemplación. Su objeto: el mundo sensible. Irónico, escéptico, mantuvo, sin embargo, una confianza inquebrantable en la realidad. Su ironía, su desencanto estaban motivados por los enunciados que el hombre elevaba a la categoría de verdad última; pero lo que el hombre sentía fué, para Santayana, una posibilidad de penetrar en el reino de los símbolos, de las esencias. Le tocó vivir en una época en que los filósofos se aislaban de la realidad por medio de murallas metafísicas o se zambullían en los problemas inquietantes e inmediatos de la política; su pensamiento se ha mantenido limpio y terso. No hubo en él temor ni repliegue; al margen de todas las escuelas —sin seguirlas ni crearlas— concentró en un enfoque ecléctico las corrientes más diversas y les dió unidad en una orientación nueva y vital. Independiente, preocupado por los valores permanentes del pensamiento y la experiencia, su figura, empero, servirá de medida cuando llegue la hora de apreciar la magnitud del cambio sufrido por la cultura, y en especial por el arte, en Valéry, en George, en Rilke, en Joyce, en Virginia Woolf, en el esfuerzo de la plástica y la música por hallar un nuevo medio de expresión, uno no puede desligarlo de Santayana, de su propensión a entregarse al mundo cuya belleza contempla, según lo expresa al final de la "Breve historia de mis opiniones".

Santayana había nacido en Madrid en 1863. Sus padres eran españoles. Pasó a Boston en 1872. Se graduó en Harvard y allí fué profesor hasta 1912. Vivió en Europa el resto de su vida, en Oxford, en Londres, en París; desde hace muchos años residía en Roma, donde ha muerto el 27 de octubre. Sus trabajos han sido tan numerosos como variadas las preocupaciones que le atrajeron. Escribió poesías, una novela admirable, "El último puritano", en 1935; volúmenes autobiográficos y de ensayos. Entre sus obras fundamentales se encuentran: *The sense of beauty*, *The life of reason*, *Three philosophical poets*, *Winds of doctrine*, *Egotism in Germany philosophy*, *Scepticism and animal faith*, *Dialogues in Limbo*, *Realism of being*, *The idea of Christ in the Gospels*.

JAIME REST

## DEL CENTRO

### BOLETIN DE LAS ACTIVIDADES DEL CENTRO CORRESPONDIENTES AL MES DE ABRIL

#### Compañero:

Este año, como los anteriores, el C.E.F.Y.L. está dispuesto a trabajar para ofrecer a los compañeros aquellos elementos que actualmente les niega la Facultad.

El clima de relajamiento general, causa y efecto de las circunstancias actuales se hace sentir con agudeza cada vez mayor en la Universidad. Sabemos que la enseñanza es deficiente; a menudo, la cátedra, ya por incapacidad ética o intelectual de quienes están a su cargo, ya por la misma atmósfera negativa para el libre intercambio de ideas, para la investigación por equipos o la cooperación amical en los trabajos, no cumple su cometido cultural con la altura y profundidad necesarias.

Esta situación no puede cambiarla un Centro de Estudiantes: son necesarias condiciones distintas que posibiliten la Reforma de la Universidad y gente capaz de realizarla y sostenerla. En muchos de nosotros el impulso vital de hacer lo mejor subsiste, en otros falta el estímulo para despertar y poner en marcha la misma fuerza.

El deseo del C.E.F.Y.L. es proporcionar todos los medios a su alcance para satisfacer esas inquietudes y alentar otras, constituir unidades de trabajo y estudio, llenar las lagunas de nuestra formación nucleando a todos los estudiantes deseosos de superar la actual Universidad y construirla mejor. A ellos tienden todos sus esfuerzos y las actividades que continúa y emprende este año.

#### PEÑAS

Con un programa que daremos a conocer más adelante, este año continuarán las Peñas Literarias organizadas por la Secretaría de Ateneo. Están inspiradas por el deseo de hacer más verdadera y fecunda la discusión de una cuestión, la misma que surge a veces en alguna charla de café o en un pasillo de la Facultad, pero con la posibilidad de una fundamentación más seria de opiniones o juicios, dilucidar un problema, fomentar la actitud objetiva ante las cuestiones que se planteen, sin sectarismos ni acaloramiento, formular conclusiones válidas. Fecundidad propia del libre intercambio de ideas.

Se recuerda a los compañeros que, según consta en el reglamento publicado en el N° 2 de nuestra Revista, ellos mismos pueden proponer el tema a tratarse, con la debida anticipación, y pueden presentar sus opiniones por escrito, en caso de creerlo preferible.

#### BIBLIOTECA

Aprovechando el material existente y algunos nuevos aportes, que esperamos se ampliarán con el esfuerzo de los socios, el Centro ha organizado una biblioteca especializada en temas educacionales y universitarios.

El material dista mucho de dar una visión completa sobre estos temas, pero con todo hay algunas publicaciones difíciles de encontrar en otros lados y que pueden despertar el interés de los estudiantes sobre estos problemas, a veces completamente ignorados por falta de información. Por otro lado hay algunas "perlas" bibliográficas, viejísimos planes de estudio, por ejemplo, que pueden ser de suma utilidad para los que se interesen en la historia remota de estos problemas.

Como la biblioteca cuenta con escasísimo material sobre problemas y realizaciones de Universidades extranjeras, se ha obtenido en calidad de préstamo una buena documentación al respecto, que podrá ser consultada por los interesados los sábados 23 y 30 de mayo, en la biblioteca del Centro.

## CURSOS

Seguirán desarrollándose cursos de repaso de Latín y Griego, dictados hasta ahora con el especial propósito de facilitar la tarea a los alumnos de primer año.

Asimismo se organizarán cursillos paralelos, cuando los compañeros lo crean necesario, para profundizar problemas interesantes o aclarar puntos oscuros de los programas.

### *Los Sábados del Centro:*

A partir del 23 de mayo, se establecerá una permanencia en el Centro durante los días sábado, para atender en especial a los alumnos de primer año, cada vez con menos elementos de juicio y ubicación dentro de la Facultad, ya que el actual sistema de enseñanza secundaria no los preparan para la vida universitaria. Al acercarse así a sus compañeros de los años superiores, encontrarán, cambiando opiniones con ellos; una orientación en los estudios, dificultada por la mala organización de la Facultad; ayuda para profundizar sus estudios: lectura o traducción oral de libros extranjeros o difíciles de obtener, indicaciones bibliográficas, etc.; guía para la preparación de trabajos monográficos, y todas las indicaciones que soliciten respecto a sus estudios, a otros más "viejos".

## PUBLICACIONES

Este año pensamos intensificar la tarea en este aspecto, doblemente indispensable, teniendo en cuenta las actuales restricciones. Para ello pedimos la ayuda de todos los compañeros que se interesen en este trabajo.

Actualmente está en preparación la traducción de la sintaxis griega de J. Humbert. Asimismo daremos preferencia a las publicaciones imprescindibles para los alumnos.

## APUNTES

En la misma línea de continuidad se afirma la edición de apuntes, mejorados en su calidad y ampliados con informaciones bibliográficas, esquemas y citas, tendientes a superar la buena versión taquigráfica y crear el saludable hábito de la búsqueda de otras fuentes, libros fundamentales, ensayos, investigaciones más recientes.

Se editan apuntes de las siguientes materias: Latín I, II y III; Griego, I, II y III; Lógica; Psicología I; Introducción a la Filosofía; Introducción a la Historia; Introducción a la Literatura; Literatura Italiana; Literatura Francesa; Geografía; Historia de Oriente.

Los apuntes se venden al costo, y éste será tanto más bajo cuanto



más se vendan.

Cómo se ve son proyectos o pequeñas realizaciones dentro de un campo en el que falta mucho por hacer, rico en posibilidades para todo el que desee trabajar seriamente.

Necesitamos tu ayuda, y esto no significa pedirte que sacrifiques tu tiempo o lo pierdas inútilmente:

¿Tienes interés en cuestiones culturales? allí está nuestra biblioteca, las publicaciones, los cursos donde podrás aprender y estudiar enseñando, facilitar una información de interés, buscar con diligencia un dato; en otros aspectos tu colaboración es siempre de valor: tus críticas, tus sugerencias y el esfuerzo que despliegues para conocer el Centro desde "dentro" y hacerlo conocer a los demás.

Ante toda esta tarea, es inexcusable el cruzarse de brazos o el sonreír escepticamente. No queda sino una respuesta, la mejor: ¡manos a la obra!

NOTA: Está en preparación el distintivo del C.E.F.Y.L.

Reserve el suyo en nuestro local.

## CONCURSO LITERARIO ORGANIZADO POR "CENTRO" PARA TODOS LOS UNIVERSITA- RIOS DEL PAIS.

En el N° 2 de "Centro", aparecido en abril de 1952, dimos a publicidad el citado concurso.

En el transcurso del año divulgamos por todos los medios a nuestro alcance en la capital y en el interior, los fines y las bases del mismo.

El 1º de abril del año en curso, finalizó la recepción de los trabajos y el 16 se reunió el jurado, he aquí la copia del acta:

El jurado, habiendo examinado los trabajos presentados al concurso literario organizado por la revista "Centro" (cincuenta y tres composiciones para los premios de poesía, ocho cuentos, y una novela y un ensayo), resuelve, de común acuerdo, otorgar los premios del modo siguiente:

Primer premio de poesía, al soneto "Presencia del Milagro", firmado por Ben Sere.

Segundo premio de poesía a la composición "Vientos del sudoeste sobre la ciudad", que firma Ape.

Segundo premio de cuento y novela, al cuento "El coro", que firma Juan por Juan.

Segundo premio de ensayo, "Disquisiciones sobre el hombre y el arte" que firma Coriolano.

Buenos Aires abril 16 de 1953.

*Vicente Fatone      José Luis Romero      Erwin F. Rubens*

Abiertos los sobres, resultaron premiados.

Primer premio de poesía, Sergio Winocur.

Segundo premio de poesía, A. R. Prior.

Segundo premio de cuento, y novela, Orlando S. Torres Rojas.

Segundo premio de ensayo, Francisco Clemente González.

(Solicitamos a los premiados que nos envíen sus datos: nombre y dirección).

## SUMARIO DE LOS NUMEROS PUBLICADOS

- \* N<sup>o</sup> 1: Presentación. - Artículos: "La novela de H. Hesse", Ramón Alcalde. "Monismo y dualismo antropológicos", Adolfo P. Carpio. Tres Cartas de Unamuno.  
Poemas de: Gerardo Andújar - Darío Canton - Jacinto L. Cáceres - Gustavo Cirigliano - Ana Goutman - Noé Jitrik - Francisco Oddone - Esther Smud.  
Casi un cuento: Sara Slavutzky. - Notas y comentarios de: Viñas, Cárdenas, etc.
- N<sup>o</sup> 2: "La Novela de H. Hesse", Alcalde. — "Roberto Nicoll y la verdad literaria", Marcelo Abadi. - Sonetos de J. A. Carrau. - "Los Desorientados", D. Viñas. - "Nota sobre la poesía de T. S. Elliot", Jaime Rest. Crónica: El Cine y sus festivales, Persano.
- N<sup>o</sup> 3: "La Poesía de T. S. Elliot", J. Rest - "El concepto de causa de Schopenhauer, G. Caussat. - "El sentido geográfico en las civilizaciones protohistóricas", J. Schobinger. "Reflexiones sobre el concepto de generación en Ortega y Gasset", J. García. - "Le deuxième Sexe de Simone de Beauvoir", Regina Gibaja. - Selección bibliográfica para el estudio de generalidades de Arqueología Americana, L. M. Correa. - Notas y comentarios bibliográficos.
- N<sup>o</sup> 4: Alfredo Vilariño: "Un mito y dos poetas". - Adolfo Prieto: "Nota sobre Sabato". - Regina Gibaja: "Sobre lo femenino". - Martín Campos: "Infidelidad y desorientación". - Guillermo Whitelow: "Del fragor inaudito". - David Viñas: "La parva". - "San Martín y Viamonte". "Periferia". - "Del Centro".

---

\* Agotado.

# S U M A R I O

**EDITORIAL; DAVID VIÑAS; Leopoldo Lugones. Mecanismo, Contorno y Destino, página 3; ANGEL JORGE CASARES: Posibilidad de la filosofía como ciencia, página 23; ORLANDO S. TORRES ROJAS: El Coro (2º premio de cuento o novela), página 28; GERARDO ANDUJAR, JUAN ANTONIO CARRAU, NOE JITRIK: Poemas, página 34; ADOLFO PRIETO: Bosquejo dramático, página 37; ISMAEL VIÑAS: Plácido, página 46; SAN MARTIN Y VIA-MONTE: Adelaida Gigli, página 49; PERIFERIA: Ana Goutman, Rodolfo Borello, Jaime Rest, página 52; DEL CENTRO, página 58; CONCURSO LITERARIO (Resolución del Jurado)**